BANDOLERISMO

R. S. VARONA.

HABANA.
IMPRENTA DEL DIARIO DEL EJÉRCITO, COMPOSTELA 55.
1892.

Al Sr Director del País
testimonio de conside-
ración.

El Autor

BANDOLERISMO.

BANDOLERISMO.



Colección de cartas abiertas sobre su persecución en Cuba

POR

El Capitán graduado 1er. Teniente de Infantería

Don Ramon Sánchez Varona,

precedida de un prólogo del Capitán de Artillería

DON SEVERO GOMEZ NUÑEZ.



HABANA.

Imprenta del Diario del Ejército Compostela 55.

1892.

Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja y del Castiilo.

Mi respetado general:

Nadie puede negar, antes bién unánimemente se proclama, que V. E., durante su afortunado mando en esta Isla, dió golpe de muerte al bandolerismo que desolaba los campos y traía aparejados graves problemas.

Y no solamente lo redujo V. E. á la impotencia, si que también nos ha enseñado el camino que debe seguirse para su total extinción.

Con ánimo, mi general, de contribuir (como contribuye la gota al caudal del occeano) con el mísero esfuerzo de mi inteligencia, á la obra afortunadísima de V. E., publiqué en el Diario del Ejército *una pequeña série de Cartas abiertas.*

Al coleccionarlas hoy en un folleto, por

consejo de amigos bondadosos. permítame V. E. engalanar su primera página con su nombre prestigioso, al qué, por este medio, rindo homenaje de respeto y adhesión.

Soy, con estos sentimientos, de V. E. servidor y subordinado.

Ramon Sanchez Varona.

Habana 20 *de Junio de* 1892.



Sr. D. Severo Gómez Núñez.

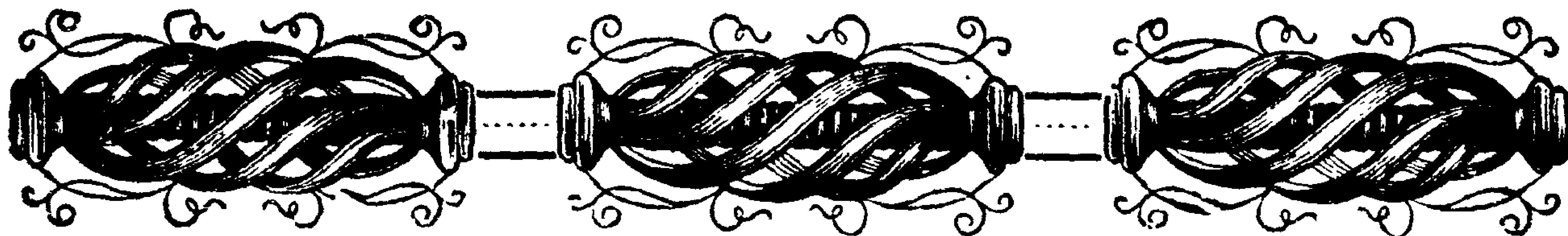
Mi querido amigo y Director:

Para que en el folleto que voy á publicar haya algo bueno, le ruego tenga la bondad de escribir á modo de prólogo, cuatro palabritas, que digan á nuestros compañeros con cual objeto y de que manera se redactaron las cartas coleccionadas en el tomo.

Ya sabe V. con cuanto cariño soy su agradecido amigo y servidor.

R. S Varona.

Habana 8 *de Junio del* 92.



CARTA PROLOGO.

Sr. D. Ramón Sánchez y Varona.

Querido compañero:

Recibo honor inmerecido al hacer el prólogo para las *Cartas abiertas* sobre persecución del bandolerismo, por V. galanamente escritas.

Reconozco, sin embargo, que es deber mío: siempre fuí esclavo de la obligación y en ella incluyo este trabajo que V. me confía, porque los útiles consejos que V. dirige á un Oficial del Ejército, vieron la luz en nuestro periódico, y porque tuve el placer de ser, en parte, inspirador de algunos de ellos.

No debemos engolfarnos en escudriñar las causas del bandolerismo en Cuba. Señálalas V. someramente y procede bien. Hombres prácticos, tócanos discurrir acerca de los medios de estirpar por completo esa gangrena social, sin lamentaciones esteriles á que otros son tan dados.

Empero, para combatirla, bueno es el resúmen exacto de los orígenes probables con que V. inició su

labor, porque sirve de norte y guía á los sistemas represivos. De estos, se pudiera hablar mucho, ¡se contaron hasta hace poco tantos y tan diversos!; no importa, no debemos criticarlos, porque la intención siempre fué buena.

Usted y yo sabemos que la culpa de esa heterogeneidad no radica en los perseguidores, búsquenla los impacientes, que no suelen ser los que más ayudan, en los defectos de la legislación civil. Fíjese V. en una cosa, hay delitos que periódicamente, por análogas ó distintas causas, azotan á las colectividades sociales; preséntanse sin distinción en los diversos países; parecen ser males inherentes á la ruindad de la materia de contínuo exacerbada por la perversión moral, que sin valla, sin freno, progresa y se multiplica, tristeza dá pensarlo, á la par que crecen los modernos adelantos. El castigo, tal vez no arranque de la fé con que creemos los disgustos de Adan y Eva, en cambio no podemos negar que se ejerce.

Quien sabe si por lo que se relaciona con las exacciones á que dá margen el hábito criminal de los perversos, pudiéramos encontrar un factor en las leyes á que ántes aludía. Que son defectuosas no cabe dudarlo. Basta recordar aquella máxima de que el mejor código es el que dá ménos delitos. Es decir que la legislación penal y la delincuencia forman pareja. Circunscribiéndonos á las leyes patrias, en su relación con el bandolerismo, notase una anomalía, adviértola yo al menos, la de que se espera á implantar penas qué llaman fuertes y debieran tenerse por justas, cuando el cesto está colmado, cuando el mal se estendió de un

modo abrumador y causa vergüenza y oprobio, no sólo á los que lo sufren sino á los que lo presencian.

Encuéntrase ahí un error. Ninguna manifestación social aparece de súbito. Antes, destácanse sucesos aislados que la anuncian como el trueno presagia la tormenta. Son los exploradores del crímen. El secuestro, el robo en cuadrilla, el incendio, preséntanse primero con tímida silueta: ¿es lógico esperar á que se desarrollen y prosperen, para que fulgure el pensamiento de combatir el mal enérgicamente? Nó; á tanto equivaldría recriar en el seno el aspid que habría de causar destrucción envenenando nuestra sangre.

Pues vea V. distinguido amigo lo que son las cosas: ocurre un secuestro y nadie le hace caso, es preciso que el aspid se recrie, es necesario que sucedan cuatro, ocho, veinte, en una misma provincia, para que los legisladores se decidan á tomar medidas oportunas. Y entónces, caso elocuente, entónces, se confía á la justicia militar la dura y penosa faena de cortar el abuso, de aplastar el aspid, que ya tuvo tiempo de multiplicar su familia. A las instituciones militares, denostadas por injusta y arbitraria, y, debo decirlo, por insana malquerencia, y que sin embargo, son el refugio, la tabla de salvación á que se ase la sociedad cuando arrecian las ánsias del naufragio, á ellas se pide amparo. Y acuden presurosas al lugar del peligro, y sinó lo conjuran pronto, aun se les moteja.

¿No pareceria más propio, que desde el prímer instante, en cuanto un hecho de esos se comete, fuera

la autoridad militar encargada de que no ocurriese el segundo?

¡Ah!, sé que V. participará de mi opinión, si así se hiciese, podemos asegurarlo, el segundo caso ese, no se verificaría.

Llega á mis oídos rumor de protesta. Como si lo viera, proviene de nuestros detractores, que por los conceptos que he escrito, achacan á intrusión, á falta de otras razones, lo que ni por asomo lleva ese deseo. Lo mismo sucede cuando el ejército pide para los retirados y oficiales de reemplazo ciertos destinos del Estado, proponiendo así el medio de aliviar las cargas públicas. También entónces hay quien exagera y arguye que queremos abarcar y dominarlo todo. Son los celos con que se manifiesta el amor que nos profesan. Nada de eso, lo que ántes dije, entiéndase bien claro, se refiere únicamente á la represión de ciertos delitos que delatan, en alto grado, la conciencia pervertida de los que los ejecutan y que marcan la primera etapa de jornadas más largas en el camino del crímen.

El dilema es éste: ¿Si después han de pensar en nosotros, por qué no llamarnos desde luego?

¡Quién sabe si la fuerza de la necesidad hará ese milagro!

Y puesto que sin sentirlo vine á esa conclusión, paréceme oportuno agregar que se columbra en lontananza, muy léjos, porque á ello se oponen sistemáticamente las leyes civiles. Dígalo el litigio de las competencias entre la juridisción ordinaria y la militar, en que la primera libra sendas batallas para entender por sí, aun en casos bien claros y explícitos.

Son de mal efecto esas competencias; no se concibe que dentro de un mismo Estado, riña una colectividad oficial contra otra, iguales controversias á las que mantiene la diplomacia cuando se trata de asuntos internacionales. Apunto el defecto, porque es sabido que en repetidos sucesos, á él obedece que se entibie la saludable ejemplaridad y se retrase el fallo. Además, esa lucha, en medio de la cual se encuentra ansioso el delincuente, quita empuje moral á la jurisdicción que en definitiva venza.

Defiende V. la teoría de que el ejército, salvador del orden, está bien aplicado á la persecución del bandolerismo, cuando éste reviste caracteres alarmantes como los que aquí tuvo. No nay que esforzarse para llevar al ánimo de todos ese convencimiento. El ejército no puede tolerar cruzado de brazos, que el secuestro, el robo, el incendio, los ataques á la propiedad, las amenazas á las personas, las peticiones de dinero á los hacendados y empresas, el golpe de mano contra los trenes en marcha, sean matices distintivos, sin imponer con las armas su esfuerzo para que estado de cosas tan vergonzoso, cese. De que es eficaz su acción están respondiendo los hechos, y á buen seguro que si el ejército continuase, cual hoy, en combinación con la Guardia Civil, durante algún tiempo, ocupando vigilante los campos de Cuba, las comarcas acerbamente maltratadas por el bandolerismo, poco á poco, llegaría al fin el momento en que al elemento perturbador, al germen vandálico, le faltasen secuaces y alientos, dominase en absoluto la confianza, desapareciesen los encubridores, levantárase potente el espíritu público

y, por gradación irresistible, fuese entrando en caja la vida de los que quieren ganársela sin trabajar, á costa del prójimo, porque, no hay que darle vueltas, este principio anárquico tiene que parecer agradable á la bestia humana; y de aquella manera, acorralada, falta de recursos, de ocasiones, para saciar sus gustos, con agrado ó no, tendría que resignarse á dejar de ser bestia por sistema, quedando por únicos alardes de su pasado, los chispazos aislados que lo recuerdan en todos los países del mundo.

No hay que discutir si el método cuesta, los resultados miden bien á las claras su baratura. Ni cabe alegar que es penoso para el elemento armado, por que este no tasa las fatigas.

¡Si fuese tan pródigo el premio como grande es la resignación!

Dedicadas las fuerzas armadas á la perseguir el bandolerismo, obedeciendo á un plan regular y seguro, son de gran estima los consejos que V., prestando un verdadero servicio, dedica á los Oficiales encargados de la persecución. Arrancan de nuestras conversaciones particulares, y tienen para mí el otro mérito, de haberlos visto surjir expontáneamente, por gradación sucesiva, hija de su práctica de la guerra especial en estas comarcas y del espíritu de observación que V. en alto grado posee, y, vienen á llenar un vacío, porque hay que reconocer, que no obstante la especialidad aquella, hemos permanecido en la paz hasta en vituperable abandono, y aún no tenemos un libro completo, un compendio de reglas, un *Manual* del oficial que le sirva de guía en esta guerra irregu-

lar, vacío que encontraba nuestro nunca bien ponderado amigo, el Comandante de Estado Mayor don Leopoldo Barrios, cuando escribió su obra, sobre la historia de la guerra de Cuba, siendo sensible que no se decidiese á redactarlo, ya que para tal empresa tiene envidiables condiciones.

Las *Cartas abiertas* rompen la marcha y confío en que V., amigo Varona, que gallardamente da prueba en ellas deque puede hacerlo, después de que tenga la satisfacción de gustar los elogios que empiezan á prodigarle los compañeros de este ejército, ponga manos á la faena y nos haga poseedores de ese conjunto de principios y advertencias que echamos de ménos, en los que al lado de los preceptos higiénicos, figuren los recursos naturales que ofrece el terreno para la vida, las reglas de conducta en el trato con los habitantes, el modo de combatir, de marchar, de acampar, de hacer positivo el descanso, todo compendiado en forma clara, sencilla, que no de lugar á vacilaciones, que facilite rápidamente la decisión oportuna en cualquier suceso.

Cumplen ese objeto las *Cartas abiertas* por lo que al bandolerismo se refiere, y es de esperar, que los sanos preceptos que encierran, produzcan provecho, porque en ellos resplandece al lado de la prudente y templada forma, la energía en el fondo, la astucia indispensable para *sacar* confidencias ciertas, la manera de obtener la confianza *verdad* y sincera de los habitantes aislados, de los que más expuestos están á las depredaciones del bandidaje, de los que, por fuerza ó de buen grado, según los casos, le prestan auxilio.

En conceptos discretos, se ocupa V. de puntos delicados, cual la alimentación de las tropas, el entusiasmo de los oficiales. En cuanto á la primera, podrían estenderse aún bastante las tintas del retrato que V. hace. Soy de análogo parecer. Al Jefe de fracción suelta, aislada, entregada á sus propios recursos, separada de los centros de abastecimiento, debe dársele relativa libertad en la composición de las comidas. He sido testigo de los trabajos que se pasan en los pequeños destacamentos separados de ias vías férreas, para quc lleguen á ellos las provisiones. Además, la persecución puede obligar á que los soldados se alejen de su residencia habitual, y el oficial, ha menester autorización para darles de comer lo que encuentre. Y respecto al entusiasmo, cierto es que las fatigas que sufren los que mandan son considerables, más, bien hace V. en confiar en su nunca desmentido entusiasmo. Son españoles. No miden penalidades. Son hermanos de los que dejaron sus huesos, en las maniguas de Cuba; de aquellos que segó la existencia, no tanto el plomo enemigo, como las enfermedades, la falta de alimentos; de los que la postración de la calentura, aun dejaba fuerzas para empuñar el fusil hasta perder el último aliento.

Si yo pudiera, crea V. que haría al pié de la letra lo que para el acuartelamiento de los descatacamentos V. propone, que los soldados construyan su propia casa; estarían mejor probablemente que viviendo dentro de los pobrísimos locales, que les proporcionan, no siempre de buena gana, la mayor parte de los hacendados, cuyas propiedades defienden, y de las empresas que les deben la seguridad del tráfico.

Y por último, voy á permitirme decir algo acerca de lo que pudiéramos llamar cuestión del machete, muy debatida y ahora de nuevo suscitada por sus *cartas abiertas*.

Paréceme que así V. como el Sr. G. A. C. discuten infructuosamente, porque parten de supuestos equivocados. Ponen en parangón arma con arma y se olvidan del medio, del combatiente.

Hav que distinguir, según sea infantería ó caballería la tropa de que se trate.

En la primera, aquí y en todas partes, su principal recurso ofensivo es el fuego, y cuando este sea imposible por haberse consumido los cartuchos, la bayoneta armada en el fusil. Tengo por seguro, por que lo manifiestan distinguidos Jefes y Generales que hicieron esta guerra, que muchas unidades de infantería dejaban, *por inútil*, la bayoneta, ántes de salir á operaciones, y es natural que después, al verse atacadas por la caballería enemiga, experimentasen horrorosos macheteos, porque el fusil en el combate cuerpo á cuerpo, sin bayoneta es una caña de pescar, si cual es de suponer se acabaron las municiones, y aún habiéndo las, en las sorpresas inopinadas, cuando sobre fuerza de infantería que marcha al descuido, á lo largo ó en un escampado de un camino bordeado de monte, cae de pronto una nube de ginetes, sino tiene bayonetas, la carnicería se impone, la infantería será pasada á cuchillo, y aún habiéndolas, si no hay tiempo de formar grupos ó no dá el terreno posibilidad para ellos, llevan la de perder los de á pié. ¿Qué cuál es el remedio? La esploración, mucha vigilancia.

Poco significaría entónces que los infantes portasen machetes, los ginetes provistos de igual arma, les llevarían enorme ventaja; de una parte la sorpresa, de otra el mayor poder ofensivo. De suerte que quien lleve fusil como arma de guerra, no puede prescindir de su complemento, la bayoneta, ó el sable bayoneta, que empieza á prevalecer con los fusiles de repetición. Ahora, si se arguye que la infantería en la guerra de Cuba necesita un *útil que corte*, convenido, dótesela de un machete corto con cruceta en el puño, pero que lo lleve sin dejar la bayoneta, á ménos que pudiera conseguirse un machete bayoneta que sirva de *útil* y de suplemento ofensivo y defensivo armado en la boca de fusil. Con esa arma, si hay buena instrucción son imposibles los macheteos.

Varía el aspecto del problema al tratarse de la caballería. Su fuerza principal es el choque, el arma blanca; y aquí, el combate misto, de fuego preliminar con mosqueton ó tercerola, para venir á ser el decisivo lance al arma blanca. No conduciría á nada que llevase el ginete sable y machete, éste como útil que también le es necesario. Por lo tanto las tropas montadas deben usar machete largo, de empuñadura guarnecida de cazoleta, con la que, tenga V. por seguro, que no perderá nada como útil y ganará mucho como arma, sin que por ello se necesiten muchas fuerzas para manejarlo, pues ese aumento de peso significa poco, y recuerde V. que los soldados insurrectos, no eran por lo general hombres corpulentos ni de mucho brazo, ni lo son hoy la mayoría de los guajiros que manejan el machete y sin embargo obtienen con él ópimó rendi-

miento. La cuestión es acostumbrarse á usarlo. Un poco más de peso, no es óbice.

Termino felicitando á V. con sinceridad que sale del alma, por la brillante muestra de talento que ofrece en sus *Cartas abiertas*, y animándole, de nuevo, á que emprenda el trabajo á que me referí ántes, que á quien así dá señales de suficencia, corrección y práctica para distinguir las necesidades de este ejército, tenemos derecho todos los compañeros á exigirle que no deje en reposo el entendimiento, en bien del provecho colectivo.

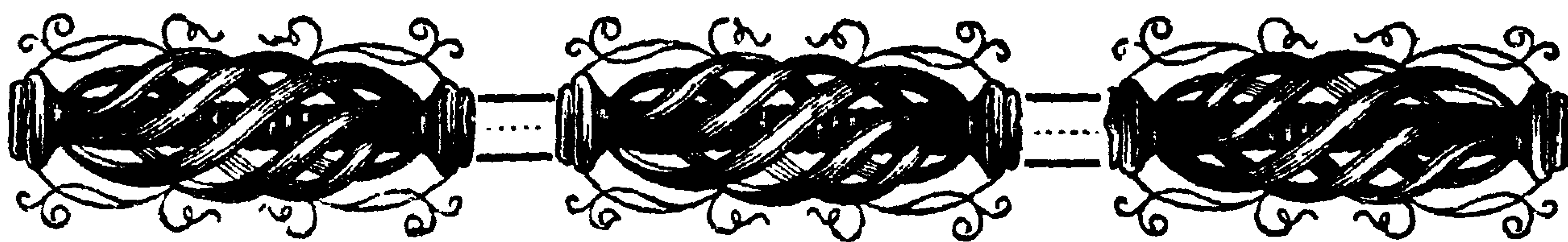
Queda muy orgulloso de su amistad su affmo. s. s.

q. b. s. m.

Severo Gomez Nuñez.

Habana 10 de Junio 1892.





I

Con escaso tino, mi buen amigo, y menor conocimiento de lo conveniente á tú interés, acudes á mi experiencia en demanda de consejos que te guien en la labor de perseguir bandoleros que la suerte te deparó; pero puesto que en mí fías y mi amistad por otra parte, nada puede negarte, atiende y escucha.

Dices que el caudal de tus conocimientos está vírgen de reglas para la ejecución de éstas campañas y que estabas muy léjos de pensar, cuando embutías en tú cerebro, merced á los tradicionales rabos de pasas, las relaciones épicas de la Grecia y de Roma, y las guerras de la Edad Media y las de Italia, en los albores de la moderna, y la de los treinta años y la de sucesión y las de la República é Imperio francés y la de escesión americana y todas las demás de la Era presente, estabas muy léjos de pensar, dices, que todo aquello había de servirte, para dirigir operaciones contra el bandolerismo,

Mejor dirías, si dijeras, que aquellos estudios tan

prolijos y fatigosos no te sirven de nada en la ocasión presente. Y he ahi un defecto que señalo, de pasada, en nuestra organización militar: nos empeñamos en educar á nuestros oficiales, olvidando que somos y debemos ser una nación esencialmente colonial, en cuyas colonias la guerra afectará siempre forma irregular.

Pero, como la indicación de ese defecto, no es lo que tú me pides, déjolo ahí mismo para meterme en harina.

Principia olvidando todos los prejuicios que allá, en la Península, concibieras apropósito de éste país. Allí se habla mucho de él, más por lo común, sin tino y con un cabal desconocimiento de la materia sobre que lucubran, lo cuál se explica por lo dados á fantasear que somos los españoles, cuando de luengas tierras hablamos.

Olvídalos, digo, y considera cuatro factores principalísimos en el desempeño de tú misión; són á saber: El bandolero, el terreno, sus habitantes y tus propios soldados.

A seguida me ocuparé del primero: tan luego como deje contestada una especie que, con pena, veo asomar en tú sabrosa epístola. Indicas que el Ejército no es *tal vez*, el encargado de perseguir el bandidaje. Mi parecer es, salvo el tuyo y el de los que como tú piensan, que esa idea es errónea.

Dejando á un lado cierto recuerdo de pasadas luchas que en nosotros, los *veteranos*, despierta el actual estado, recuerdo que se justificará en tu razón andando el tiempo, pero que no es oportuno examimar á fondo, por cuanto á los militares nos está ve-

dado entrar en disquisiciones políticas, contéstame: ¿Allá en Toledo no definieron el Ejército, para tú instrucción, diciendo: *Brazo* armado, *fuerza* del Estado que garantiza la integridad y el *orden*?

Pués bien: ¿cuando persigues á los bandoleros, qué haces sino trabajar por el orden, servir de garantía al hacendado y de salvaguardia á los habitantes honrados? En suma, realizar el ideal que preside la creación de los organismos armados?

Argüirás que para esa *especialidad* existe la Guardia civil. Cierto; pero, ¿si ella no basta, no por falta de celo, sino de personal, podríamos con justicia protestar, siquier respetuosamente, de la disposición que nos utilizara, apoyándonos en la pueril razón de no estar *especialmente* organizados para ese servicio?

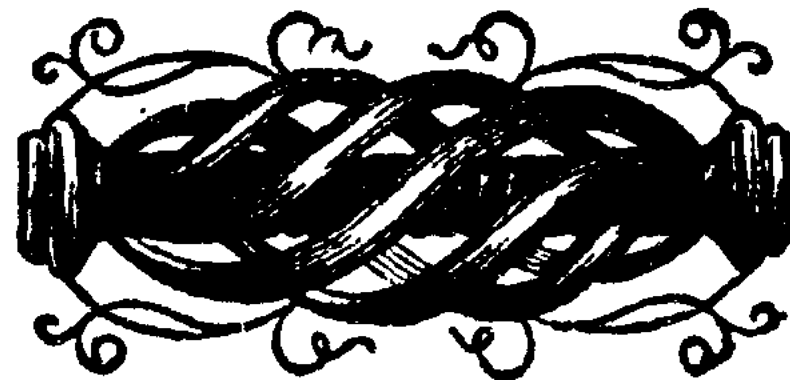
Por otro lado, dígote como en el Congreso: existen precedentes. No te acuerdas de haber dormido algunas noches al raso en las afiladas cuchillas y *sonoros* órganos de Despeñaperros los años 85, 86 y 87, perteneciendo al Regimiento de Granada número 34, y todo para *garantir* la seguridad de los trenes, á su paso por aquella cordillera? Por cierto que si á mi memoria me atengo, recuerdo que hubiste de ir, por fuerza, á Córdoba, dónde nuestro buen médico Orellana, con la práctica de esta Isla, te curó unas fiebres palúdicas que se entraron por tú cuerpo con el relente de las noches estivales y el agua arremansada del Gaudalquivir.

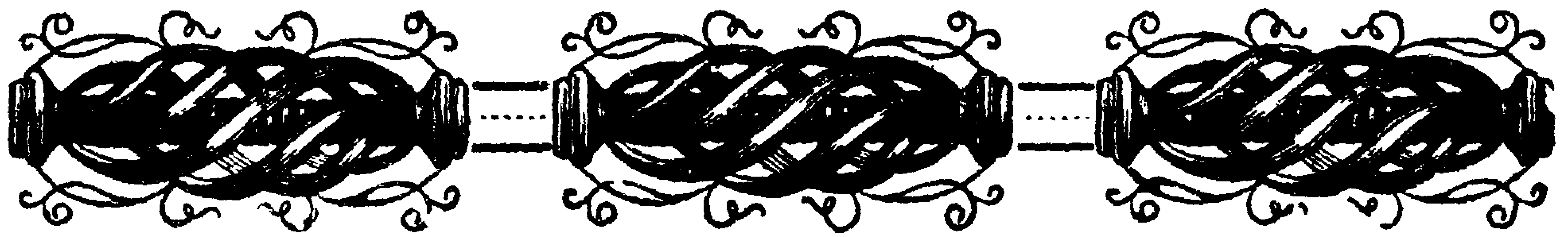
Desengáñate, déjate de *teorias* y piensa que lo mismo contra Dorregaray que contra Céspedes, contra los Juanillones que contra Manuel García, el Ejército

sirve siempre á la Patria, como es su principal misión.

Y ahora que ya estamos en franquía, cual diría un marino, vamos á emprenderla con los bandoleros.

Pero, como esta carta, con tanta charla, resulta extensa y tú disposiciones de corto tiempo, déjolo para la próxima.





II

Quedamos en la carta anterior, mi querido compañero, en habérnolas con el bandolero, aquí sobre el papel, para ver si tú puedes conseguirlo allí en esos floridos campos.

El bandolero ha existido siempre en la Isla de Cuba; unas veces organizándose, si vale la frase, en cuadrillas; las más manifestándose individualmente.

El orígen de ese mal, aparte el que se encuentra en los vicios y pasiones humanas no refrenadas por la educación, hállase, asómbrate, en la riqueza de este suelo privilegiado.

En otros países, la miseria, el hambre por falta de trabajo, empujan al desheredado de la fortuna por la pendiente jabonosa del crímen. Y éste, cuando se examina en abstracto, encuentra una explicación, ya que no pueda justificarse, en la conciencia del pensador.

Aquí no hay ningún criminal que pueda alegar en juicio tal circunstancia de atenuación. El proceso de

la delincuencia que discutimos es bien sencillo; tendrás lugar de comprobarlo, de cien casos, en noventa. Como á poco trabajar la tierra produce con abundancia olímpica, adquirimos,—y ya sabes tú porque empleo el verbo en esa persona y número,—adquirimos, digo, en nuestra naturaleza, formando parte de su condición esencial, típica, el hábito de la pereza; de ésta al vicio resbálase por suavísima pendiente, y del vicioso, amigo, surge un bandolero á las primeras de cambio.

No quiere esto decir, y tú lo comprenderás sin esfuerzo, que todos, ni siquiera muchos, de los habitantes de esta tierra sean perozosos, ó crisálidas de bandido. Líbreme Dios de tamaño ofensivo disparate. Quiero tan sólo decirte que los Garcias, Matagás, Cañizares, Cruz, Valera y otros tantos, no són, mejor, no fueron, á los comienzos, más que perezosos que se rebelaron contra el trabajo.

La guerra, por otro lado, exacerbó ese mal. De la guerra, haciendo vida agitada y accidentada, pero, hasta cierto punto, fácil, vivieron muchos, en uno y otro bando: hubo quién entró en ella niño y salió hombre, sin saber otro oficio que el de *guerrillear*, de vivir al día, merodeando. A ese no le pidas que trabaje porque te respondería "no sé."

¿Y qué hacer? Pués lo que hace: se dedica "á vivir sobre el país." Y tengo para mí que hasta cree que debe agradecérsele.

Siendo lo más curioso de todo esto, que tan luego se lanza al campo, bien empujado por sus antiguos hábitos, ya porque la comisión de un delito común hace

su estancia imposible en poblado, despliega al viento su *correspondiente* bandera política. Porque eso sí, ellos seran ladrones, incendiarios, secuestradores, ó asesinos, pero, solamente, para mayor gloria de la causa que dicen defender.

Uno proclama, asistido de cuatro hombres, en las soledades pintorescas de la "Sigüanea," la república; á otros oí gritar yo mismo á pocos momentos de haber cometido un robo, ¡viva la *anatomia*! (Autonomía querían decir), y los más, dánse aíre de Guillermos, Washingtons y Bolivares.

Ya me figuro que ahora mismo piensas: "Si tales són esos hombres, si tan estúpidos ó cándidos són, fácil me será, á mí que era el primero en clase y el primero en la sala de armas y de los primeros en el picadero, dar de ellos buena y pronta cuenta."

Poco á poco, querido; ya verás como tú arte y tú ciencia que yo admiré y admiro, resultan ineficaces, ó poco ménos, contra ese ser ignorante y perezoso.

Perezoso en cuanto á trabajar, á trabajar nada más, porque si lo pones á andar,.. échale un galgo!

Y además, todavía no te he dicho lo mejor. ¿Has leído las obras de Maine Red? Te acuerdas de aquellos tipos de cazadores, mitad bandidos y mitad héroes, astutos, infatigables, sóbrios, que por la hoja caída averiguan el sexo de quién la arrancó? Pués suprimiendo el elemento, la levadura heróica, ahí tienes el retrato físico y moral del bandolero de Cuba.

Pocas veces lo encontrarás desprevenido. Te parecerá que, como los sabuesos, olfatea las manciones de tú tropa. *Presiente* las emboscadas, y no es más

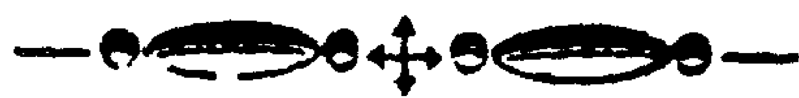
ligero el ciervo en la huida que él sí, por acaso, se le sorprende. En cuanto á resistencia, figúrate miembros de hierro, artículados con charnelas de acero. Cuando tú no puedas más, él estará al principio de la jornada, Tocante á sobriedad, un prodigio: unas cuantas cañas que, con arte, lleva á la espalda, bastan á su necesidad. Une á eso un conocimiento exacto y profundo del teatro de sus fechorías y de todos y cada uno de sus habitantes, nombre por nombre, y comprenderás muy bien porque tus celosísimos compañeros y tú mismo, os desesperaís y maldecís de la suerte que os llevó á tan ingrata tarea.

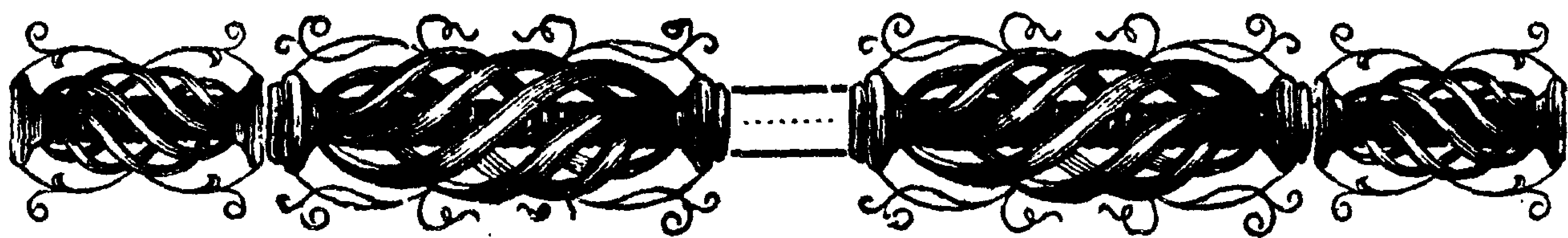
Sin embargo, no hay que desesperar. La labor es difícil, impone sacrificios, privaciones y fatigas, pero no es infructuosa ni, mucho ménos, imposible de llevar á feliz término.

Fortifica, pués, tú ánimo con la perseverancia militar; virtud de que encontrarás modelos mil en los almacenes riquísimos de tú memoria y no desmayes á los comienzos, que eso no es propio de ti, ni de tú uniforme de soldado español, cuya principal virtud, aparte el valor, fué siempre, distinguiéndose por ello entre los de todo el mundo, la de sobrellevar con ánimo alegre las cotrariedades, fatigas y privaciones.

En cuanto á mí, he de ver si, dando así cima á mi propósito, consigo sintetizar algunas reglas que te sirvan de norma, en tanto adquieres experiencía.

Eso no será, hasta que hablemos de los otros factores apuntados.





III

Praderas esmaltadas de verde y jalonadas con palmeras de graciosa copa, y árboles seculares; *montes* (bosques) intrincadísimos, donde la vista no llega á penetrar más allá de 40 ó 50 metros; alguna que otra cordillera de suaves taludes, cubiertas de arbolado espesísimo; ríos de fácil paso y mansa corriente; arroyos por doquier, muchos secos durante el invierno; cañaverales dilatadísimos, de un verde monótono en fuerza de ser bello, la cuál monotonía se rompe por los pequeños publecillos que semejan los bateyes de los ingenios con sus múltiples torres, las casas rudimentarias de los potreros y los graciosísimos bohíos que salpican los valles y las laderas, circundados de plátanos de un verde esmeralda purísimo y parecidos, aquéllos, á nidos de paja depositados en el césped; cubierto todo de un cielo azul como no pudiste soñar ni siquiera en la bella Andalucía, he ahí, en síntesis y

muy mal dicho, el espectáculo asaz risueño que ofrecen á tus ojos los fértiles campos de Cuba.

No es, empero, oro todo lo que reluce; porque entre el verde de las hojas se cuela, cernido que diría Castelar, un sol que funde las piedras y, por las noches, un rocío que entumece los músculos; y en tus vísceras, de día y de noche, penetra con el oxígeno que mantiene la vida, el paludismo que la agota; y en la seca el polvo de la tierra caldeada ciega tus ojos, produciéndote oftalmías insoportables, y la carencia de agua seca tus fauces; y en la *primavera* (tiempo de aguas),—desde Mayo á Octubre,—te ahogas en lodo y todos los días "el agua del cielo" cuál llámanla los marinos, te calará "hasta los huesos"; y por las noches y aún de dia, en los bosques, nubes de crueles insectos, mosquitos de innúmeras variedades, *rodadores* y *jejénes*, envenenarán tú sangre, llevándote á un punto próximo á la desesperación.

Y no quiero pasar de aquí sin indicarte algunos recursos para librarte, en parte, de esas plagas y de los rigores de la sed.

Cuando acampes en despoblado, enciende, si el objeto de tú operación lo permite, un par de pequeñas hogueras á los estremos de tú *lecho* y aliméntalas con ramitas verdes, de suerte que produzcan ténue columna de humo: eso basta para espantarlos, no del todo, pero si lo bastante, para en fuerza de cansancio, dormir algunas horas.

Los retoños tiernos del guayabo, los del ciruelo, la corteza de limón y, á falta de todo eso, meterse en la boca *chinas* pequeñas, mitigan un tanto los sufrimien-

tos de la sed. Si quieres procurarte agua, no muy buena ciertamente y no estimas en mucho tú garganta, puedes extraerla chupando las raíces de la "Ceiba", si bien han de ser las que se extienden hacia Oriente, ó el bejuco de "parra," casi idéntico al que allá en tú tierra produce la rica uva, teniendo cuidado de cortarlo á bisel.

Hay otra planta parásita que se desarrolla en los grandes troncos llamada "curujey", en cuyas largas y afiladas hojas, muy semejantes á la corona de la piña, se deposíta el rocio matinal: vaciando una docena se obtiene una copita de agua que te aconsejo cueles; como así que, después de beberla, te prepares á usar el clorato de potasa, á ménos de tener el "gaznate forrado en cobre", cosa que no se compadece con tus hábitos de templanza.

Descartada esta digresión utilitaria continuémos.

Un terreno como el descrito, tiene que prestar grandes recursos al bandolero para vivir y esquivar la persecución, y, en efecto se los presta. Se proporciona alimento sin más que extender la mano, y encontrarlo cuando se *sumerge* en el monte, es como si te propusieras dar muerte al Minotauro sin poseer la punta del ovillo conductor.

Y he ahí por donde en el símil mitológico hallo un consejo. Considera al bandido una fiera, en lo cuál no habrá injusticia, y *cazdlo* como tal.

Estudia la topografía del terreno, indaga las guaridas probables y en lugar de perseguir en el sentido corriente del vocablo, acecha. Así te fatigarás ménos y alcanzarás más. Las guaridas estarán por

lo general, en tiempo de seca, en las proximidades de las aguadas, y en el verano en los terrenos elevados é impermeables.

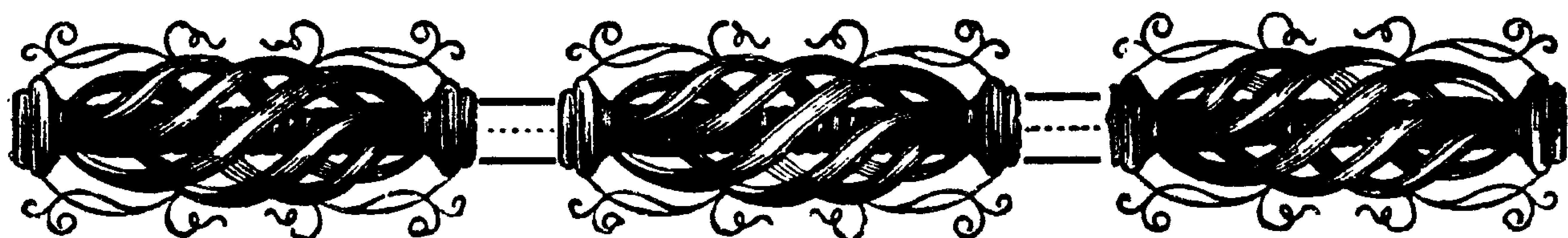
Pero para esos estudios é indagaciones, no te fies de nadie: construye tú mismo una carta de tú zona; no importa que su orientación sea relativamente inexacta, ni que sus distancias y curvas de nivel no estén rigurosamente ajustadas á escala, lo esencial es que tengas siempre á la vista una série de apuntes y trazados que sirvan de norte á tus ideas cuando lleves á cabo una operación.

Lleva también á modo de dije en la cadena de tú reloj, si es que el próximo 20 p$ te permite ese lujo, una pequeña brújula. Con ella y tú carta, aunque te véas en el caso de andar á monte atraviesa, no correrás riesgo de perderte.

Y no creas que eso es cosa baladí, pués no quiera Dios, ni yo te lo deseo, que te halles perdido en los senos de uno de esos montes; porque ¡sabes lo que te sucedería? Que te *morderías la cola* como las serpientes; es decir, que después de mucho andar, te encontrarás...... en el punto de partida.—La cuál visto así de léjos, resulta un poco chusco, pero allí te aseguro por experiencia, que se dá uno á todos los diablos.

Y para que tú, cansado de mi discurso no me mandes con ellos, hago punto.





IV

No sé porqué, mi buen amigo, hállome hoy mejor dispuesto á escribirte sobre cualidades de nuestros soldados que al respecto de los habitantes del teatro donde opéras.

Permíteme, pués, seguir mi impulso, ya que no mi inspiración, y vamos desde luego á ello, porque sospecho há de faltarme espacio.

Pero.... después de reflexionado. ¿Qué he de decirte, ¡mísero yó!, del soldado español á quien conoces como á tu propia familia, generación por generación?

¿Te acuerdas de aquella época, no sé si dichosa, que estábamos en Africa, en esa tierra donde tú decías que Cárlos V. había clavado las armas españolas, como un león que saltando del mar observa, metidas las garras en la roca, el territorio que ha de ser la presa de sus cachorros; te acuerdas, digo, de una conferencia pronunciada por tí ante la oficialidad de nuestro batallón, en la cual decías, punto más ó menos:

"Yo, señores, para hablaros del soldado español, necesité estudiarlo en la historia y en el cuartel, y, luego, compararlo con los demás de Europa.

"He estudiado los soldados de España, desde las Comunidades de Castilla, hasta los del último reemplazo; desde los que vencieron en Itália y en Francia y en Flandes y en Holanda con Córdova, Leiva, Pescara, Austria, Farnesio, Alba y Requenses, hasta los deshechos, aunque no domeñados, héroes de Rocroy, con el más invicto y venerable Conde de Fuentes; desde los espedicionarios con el Emperador al Africa, hasta los vencedores de Wad-Rás; desde los homéricos compañeros de Cortés en Méjico, hasta los que con Martínez Campos, dieron la paz á la rica y hermosa gran Antilla; desde los que, con el Duque de Borbón, escalaron á Roma y aprisionaron al Papa, cuyo poder temporal amenazaba la independencia de los príncipes de la Itália, hasta los que, en nuestros días, fueron á la misma Roma para garantir la libertad de otro Papa, puesta en peligro ahora por los descendientes de aquellos príncipes; desde los que, con Colón, llevaron la Cruz, emblema de la civilización, á las siempre verdes playas del Nuevo Mundo, hasta los que hoy peléan, admirando al orbe con sus hazañas, en ese laberíntico archipiélago perdido en los senos del gran Occéano (te referías á la última campaña de las Filipinas y Carolinas) para que pueda decirse que no hay un punto del globo que no haya sido regado con la sangre generosa de nuestros soldados."

Y añadías, después de saludar sonriendo á tu auditorio que aplaudía tú erudición:

"Y luego de estudiarlo con tanto detenimiento á

través del tiempo y de los sucesos de la historia, lo he comparado, como ántes dije, con los de otras naciones."

"Y he visto que el soldado francés es incomparable en el ataque: avanza cantando hacia el enemigo; pero en la retirada se desmoraliza y huye como las mujeres, y además, necesita que se le tenga alegre."

"He visto que el inglés se defiende friamente hasta morir; pero necesita estar bien mantenido: *tener*, según la frase pintoresca de un autor estrangero, *cuando se bate, el trozo de buey en el estómago*."

"El alemán se bate bién, cuando no lo hace mal —así decías—pero es á fuerza de palos, al punto que aún hoy ese oprobioso castigo existe allí como remedio contra la indisciplina."

"El ruso dice que el fusil es el mango de la bayoneta y con eso está dicho todo; fuerza es, sin embargo, hablarle de Dios."

"Nadie defiende una posición mejor que un turco, testigo Plewna, pero no sirve más que para eso."

En cuanto á los italianos—concluiías—...... yo no sé, señores, para qué sirven los italianos."

Pués bién, señores, volvías á decir, nuestros soldados poseen la suma de las virtudes y cualidades de los soldados de Europa; porque atacan y se defienden, sufren y mueren, con igual constancia, con igual valor, con igual heroísmo."

Si todo eso sabes ¿que hé de añadir?

Y, no obstante, yo los he visto, aquí en Cuba, sin vestidos, sin raciones, sin dinero, enseñando la piel por entre los girones del uniforme, empeñados en una guerra cruel de esterminio; luchando así con los hom-

bres, que eran sus hermanos, como con un clíma cuyos átomos atmosféricos encierran letal veneno; los he visto sanos y vigorosos, sonrosados y diligentes llegar ansiosos de medirse con el enemigo y á los pocos días, flacos, anémicos, devorados por la fiebre, arrastrarse por esos caminos donde el pié se hunde sin encontrar sostén, sufrir el hambre y la miseria y la nostalgia de la Patria ausente y las fatigas y la muerte; la muerte por el plomo enemigo y diluída en el aire ambiente, penetrando en sus carnes con el arma, del contrario y en sus entrañas al respirar y, sin embargo, no registrarse jamás la menor sedición, el más pequeño abatimiento colectivo, nada que amenguara el altísimo concepto de ese héroe de todos los lugares y de todos los tiempos, que se bate y sufre á la voz de la Patria, sin que se le pague ni se le contente, sin que se le mantenga ni castigue, sin pensar por qué se bate, sin darse cuenta de su heroísmo, sin parar mientes que su valor, su tenacidad, su resistencia, su sobriedad y su constancia, le colocan, sin disputa, en el más alto, en el más hermoso, en el más espléndido peldaño de la escala del perfectísmo militar.

Pero debemos confesar, amigo mío, que al lado de esas virtudes, corriendo parejas con esas cualidades, como consecuencia, tal vez, de las unas y de las otras, tienen nuestros soldados graves defectos: los unos, inherentes á su condición de hombres; otros, peculiares a su especial modo de ser.

No he de ocuparme de todos, porque tú lo conoces plenamente; pero aún así, conviene aquí señalar

dos que debes procurar corregir con todo celo y empeño.

El primero consiste en la tendencia innata que se observa en ellos á la indisciplina; entendiendo por disciplina el conjunto de reglas dictadas para la marcha fácil y gobierno ordenado del organísmo Ejército

Villamartín, si no recuerdo mal, apunta en sus obras ese defecto y sus causas y remedios. A ellas te remito si lo necesitas, que no lo creo. Yo me limito á consignarlo para poder decirte, que así como se dice, con razón, que la disciplina en los grandes ejércitos es el principal resorte de la victoria, en las pequeñas colectividads, en las guerras irregulares es de necesidad absoluta mantenerla con tesón y fé inquebrantables.

Cuando una compañia opera con otras, los soldados están á la vista constante de sus oficiales, y claro es que, por una parte el respeto y, por la otra, el temor á inmediato castigo, contienen la tropa dentro del círculo estrecho de los severos deberes militares; pero si se subdivide en fracciones pequeñísimás, á veces de una pareja, entónces el soldado, si no está *preparado* de antemano, obedece á su natural impulso, y la disciplina corre riesgos y, con ellos, el éxito de las operaciones.

Figúrate que para reconocer tú extensa zona en un plazo perentorio, te ves precisado á dividir tus veinte y cinco soldados en cuatro ó seis ó más grupos y que tan luego se apartan de tu inmediata féruia, se dedican en las tiendas á beber, en las encrucijadas á jugar, en las casas á charlar ó á *chicolear* á las chicas y en las arboledas á dormir. Pues bien: ¿no te parece

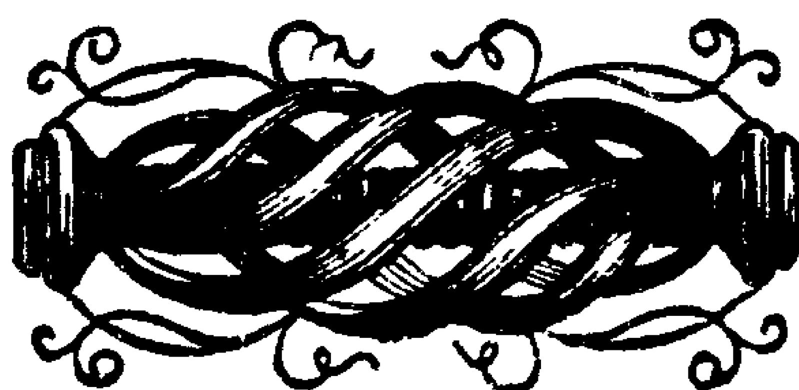
que esos perseguidores se convertirán, por razón natural, en perseguidos ó, cuando ménos, en hazme reir de los bandoleros?

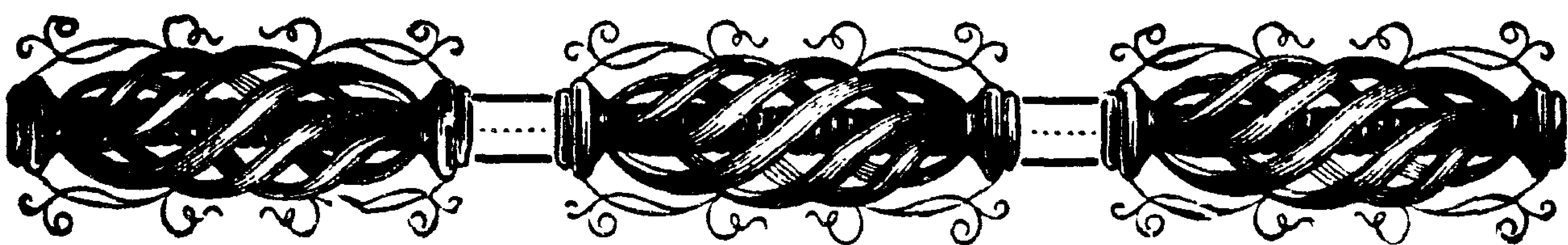
Para machacar el hierro es preciso un martillo de acero; para cortar el vidrio, un diamante; para perseguir bandoleros, soldados disciplinados y austeros. De otra suerte, nada se logrará, como no fueran resultados contraproducentes.

¿Y cómo alcanzar esa disciplina?

Fácilmente: tómate el trabajo, uno y otro dia, de platicar con tú tropa, bien sabido que ninguna de tus enseñanzas será perdida, pués no hay soldado tan dócil como el tuyo y, después, castiga sin debilidades, con energía, pero siempre en proporción de la falta, las infracciones. Eso es sencillísimo, rudimentario y, acaso por eso mismo, de resultados maravillosos. Pruébalo.

Héme extendido en demasía y no puedo hablarte hoy del segundo defecto. Lo haré mañana. *Deo volente.*





V

Gracias, amable amigo, por las que me dás en tú aduladora carta que acabo de recibir y leer con gran fruición.

Alentado por tus frases, prosigo, y digo·

Tienes sobrada razón diciendo que el punto flaco de este trabajo, la dificultad de carácter casi insuperable con que he de tropezar, ha de ser, y realmente es, aquella que surge de la necesidad de hablar de los habitantes de los campos y de la línea de conducta conveniente con ellos á tú objeto.

Pero espero orillarla ciñéndome estrictamente á lo indispensable, y suplicándote suplas con tú buen ingenio, lo que yo, por razones de fácil alcance, omita.

En el campo de la especulación, á dos objetivos ha de dirijirse tú labor en eso que en el arte llamamos "política de la guerra."

A saber: que el paisanage no preste ayuda al bandolero y que á tí te sirva, á lo ménos, con su noticias.

Difícil, muy difícil, lograr el primero ¿porqué el

vecindario siente simpatías hacia él, por causas que deben permanecer envueltas en el velo prestado por el convencionalismo? Guárdate de pensarlo, y si lo piensas, no obres jamás ¿entiendes? jamás, á impulso de ese prejuicio.

Por varias causas.

La principal, porque no es verdad.

¿Cómo dar cabida en la mente, sin náuseas, sin sentir un profundo desconsuelo en el alma, á la idea de que los habitantes de los campos fraternicen con los bandidos por solidaridad en las esperanzas del ocaso?

Para concebirlo, sería menester convenir, *á priori,* en que habian perdido toda noción del bién, la conciencia de su propio interés y que á sus espíritus estultos no había llegado, por maldición de Dios, ni siquiera un hilo de luz, procedente de ese sol que se llama moral.

Y, sin embargo, el hecho es cierto, la realidad, lo tangible se impone: los bandidos reciben auxilios del vecindario.

Verdad es, y, por lo mismo, hay que ir á buscar la causa á otras fuentes de realidad.

Vamos á vér (perdóname el ripio): Supongámos los dos casos, el del hacendado y el del sitiero.

Pónte un instante en su lugar y dime que harías si á tí, hacendado, se te presentase un bandolero en demanda de dinero, con amenaza de incendiar tu campo de caña, tan inflamable como pólvora regada, y de tu vida, si á virtud de tu denuncia la fuerza pública le persigue. ¿Le negarías la suma exigida? ¿Te apresurarías á dar el parte? No me digas que sí, porque esa

conducta, contraria al instinto de conservación, ya de la riqueza, bién, principalmente, de la propia existencia, sería irracional.

En tanto no puedas, y de luz natural es que no puedes, garantir absolutamente la propiedad y la seguridad individual en el campo, no podrás tampoco exigir, con asomos de justicia, que el propietario no facilite al facineroso los recursos que imperativamente le demanda.

¿Y crées, por ventura, que esas *dádivas* se hacen con gusto? Poco conocimiento de la humana naturaleza argüiría una repuesta afirmativa.

Quedamos, por tanto, sin más inútil discusión, en que el hacendado dá porqué no tiene otro remedio, porque le vá en ello su riqueza y su vida, y, además, como colorario de lógica irrefutable, en que su mayor deseo, su ideal más grato, es que tú dés con él y lo aniquiles.

¿Convienes en ello? Pués vamos á analizar, someramente, no te apures, la conciencia del *güajiro*.

Ese no dá dinero, antes bién, lo recibe: pero presta al malhechor grandísimos servicios: lo oculta y le informa.

¿Y como se cohonestan, si esta frase no te parece muy impropia, esos servicios? Muy sencillamente. El dinero, amigo, siempre es el dinero, ya dijo de él Quevedo ser poderoso caballero. Aquél que lo recibe, y más si es un menesteroso, no entrega á quién se lo regala. Pretender otra cosa, es salirse de lo humano. Y si añades que sobre el *güajiro* pesan también las amenazas de muerte, tendrás cumplidamente contestada la pregunta.

Pero me dirás que sabes, á ciencia cierta, que hay quiénes favorecen á los bandidos por simpatía y hasta algunos, que pasan por honrados, les ayudan en determinados golpes de mano y luego se vuelven, tranquila é impunemente, á las faénas agrícolas.

Cierto, ciertísimo y para esos debes ser inexorable; pero, por Dios, no procedas por sospechas, ni leves indicios; porque, entónces, ese malhechor infame, más infame aún que los otros, se convertirá entre tus manos en un mártir de tu suspicacia. Haz como si te engañara su mentida hombría de bién, vigílalo atentamente, fíngele tonta confianza y cuando, merced á tú *diplomacia*, se *escurra*, cáele como el águila: sin darle lugar á moverse. Eso es lo práctico.

Y no te diré, que con esa misma diplomacia no puedas llegar, si con fé trabajares, á que hacendado y guajiro, se defendiera por si mismo, el primero, de las exacciones que les impone el bandolero, y se apartara, el segundo, de su poca aprehensión en recibir cantidades del hombre que está fuera de la ley: tal rectitud puedes imprimir á tus actos, tanta confianza puedes desarrollar, que no duden en unirse unos y otros para levantar su espíritu y valor, puesto que podemos partir del supuesto, que su tendencia moral está al lado del orden y de la tranquilidad, y que solo transigen con la gente alzada por la poca confianza que abrigan encontrándose siempre aíslados. Puedes, pués, con constancia, y recorriendo frecuentemente las casas de vivienda y los bohíos, en las horas en que los malhechores obtienen más ventajas en sus fechorías, animar á los habitantes de los campos con tú vigilancia, por ver si, á su virtud, se

deciden á sacudir la vejaminosa opresión del bandolero.

Pero antes de alcanzar ese objetivo, pasemos, al que puede fundarse en que el vecindario te proporcione noticias.

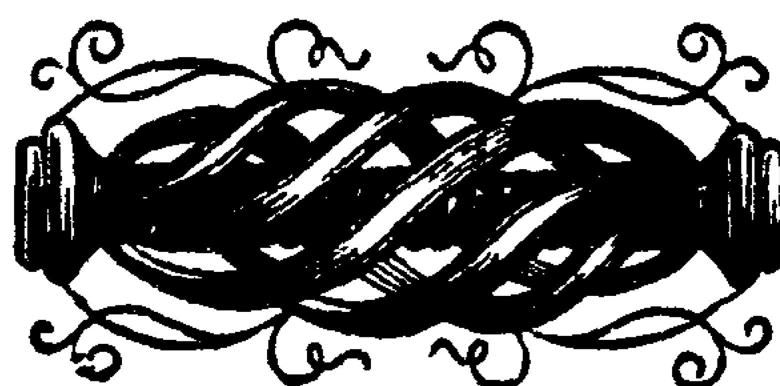
Es este más adsequible. Te bastará *inspirar confianza.*

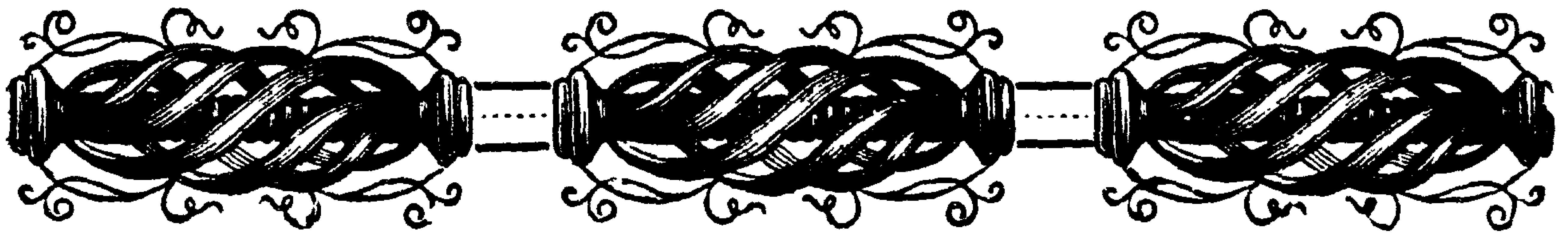
Tan luego como los habitantes de tú zona se persuadan de que eres un oficial de buen criterio, que obras no por impresión, sino por cáculo basado en la razón, justo y equitativo, severo aún cuando graciable, reflexivo, nada liegero, de buenas costumbres, vigilante, amante de tú tropa, pero inflexible guardador de la disciplina, cortés con todos, sin aires de conquistador ni perdonavidas y, sobre todo, capaz de reservar una confidencia ante el mandato de tú jefe, cosa que no tendrás, por otro lado, el dolor de llevar á efecto, habrás llegado á la meta.

Y no son éstas especulaciones de gabinete: hablo por experiencia, no propia, porque no he de caer en ridícula inmodestia adornándome con dotes de qué, á desdicha, carezco, sino agena, es decir, por los resultados que he visto obtener, ejerciéndolos, á sus poseedores.

Y no es extraño, pués los habitantes este país—yo lo oí de labios, allá en la Corte, en ocasión que no es del caso, del general Martínez Campos, testigo, según me figuro, de mayor excepción—són los séres más buenos y dóciles, cuando bien se trata, hospitalarios y francos que pudiste imaginar.

Laborando sobre esas cualidades, te será cosa de muy poco empeño, proporcionarte cuántas noticias apetezcas.





VI

Porque deseaba salirme pronto del factor "habitantes," dejé atrás ayer el segundo defecto de los que apunté adolecían nuestros soldados; el cual defecto considero muy digno de atención para que en él pongas las manos y lo destierres de tu tropa.

Cosa original, el defecto ese arranca de una virtud, de un inapreciable dón: de su generosidad ingénita.

Valiéndome de una frase vulgar, te diré que nuestro soldado no tiene nada suyo: yo lo he visto privarse de su ración escasa, y de su propia camisa para darlas á un prisionero; pero también lo he visto, es decir, visto nó porque no lo hubiera consentido, he sabido, para mejor decir, que se apoderaba de cuántos artículos de comer le saltaban al paso en ciertas condiciones.

Y eso lo hace sin pizca de malicia; más bien con la idea de hacer una gracia, por lo que pudiera *ra-*

biar el perjudicado, que para beneficiarse con lo merodeado.

Yo estoy seguro, segurísimo, de que en este punto observa tú tropa la más severa disciplina; que las gallinas y los huevos de las nidadas y los cerdos y las frutas no pagados de antemano, són en esos campos, *inviolables*; pero bueno es que vivas prevenido y no aflojes, confiandote, los cordones de tu severidad.

Con tanto mayor motivo, cuanto que obtendrás todo lo que necesites para tí y tù fuerza sin el menor gasto, con solo el trabajo de pedirlo en són de compra. Yo te aseguro que, en la mayoría de los casos, no tendrás que desembolsar un céntimo; pero aunque así no fuera, vijíla, vijíla mucho, para que ninguna de tus subordinados tome cosa que no sea suya. Con eso no harás, después todo, sino cumplir un precepto de Ordenanza.

Y, además, te congraciarás con los vecinos, objetivo que no debes de perder de vista en tu labor contra el bandolerismo.

A ese fin, si, lo que no es probable, recibes alguna queja en aquel sentido, atiéndela, y si descubres el culpable, averiguación que debes hacer en el acto y con verdadero empeño para dar muestra de justicia y de la disciplina que quieres hacer observar á tu tropa, castígalo y hazle pagar, sin regatear, el valor de la cosa, procurando que tu providencia sea pública.

Si las inquisiciones no te dán al instante un resultado favorable, dispón una corrección cualquiera para todos los presuntos culpables y que, á prorrata, indemnicen.

En último extremo, paga de tu propio bolsillo.

Dirás, acaso, que este procedimiento echaría sobre tus recursos escasísimos una carga asaz pesada.

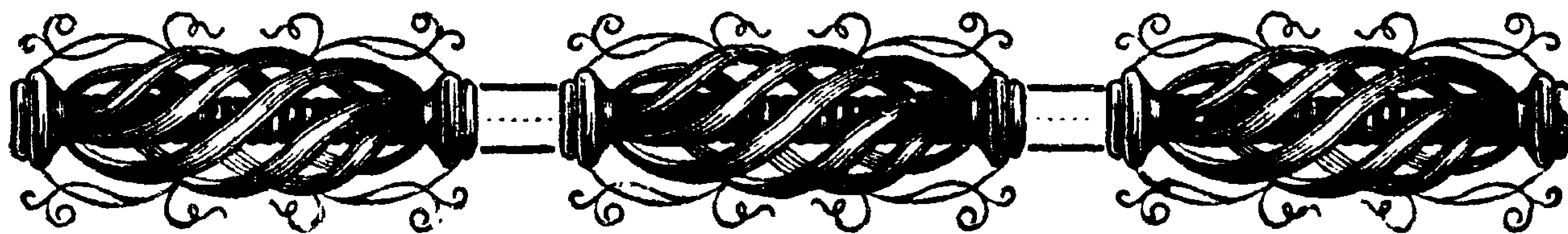
No lo temas, porque ese caso será muy raro.

De todos modos, preferible es hacer un sacrificio, á que el quejoso se vuelva agraviado, agraviado con justicia, amigo; pues tú, y no otro, éres el responsable, siguiendo la pura doctrina militar, de los desmanes de tus subordinados.

En esto soy intransigente. El principio general que informa la Ordenanza de que el jefe es el *único* responsable de la disciplina, policía é instrucción de los que están á sus órdenes, no tiene para mí distingos. Si yo, oficial á quien la ley militar concede atribuciones latísimas y recursos de gobierno ámplios y prestigios muy cercanos á la inviolabilidad, no he podido llevar al ánimo de mi tropa la conciencia del deber para que se conduzca siempre, ya á mi vista, bien aisladamente, cual se conducen los soldados instruídos y disciplinados, lo menos que puedo hacer es pagar de mi peculio las infracciones.

No quiero ser tachado de dómine indigesto, y, en su virtud, de este punto y de la carta salgo.





VII

Hétenos aquí, querido amigo, aligerados de impedimenta y en disposición de entrar franca, si no hondamente, en la exposición de aquellos consejos que me hiciste el favor y el disfavor de pedirme. Y bien se alcanza y no he de esplicarlo, porqué empleo dentro de una misma oración sustantivos tan opuestos.

Conoces á esta hora (déjame esa ilusión) por mis cartas anteriores, los cuatro factores que, quien de perseguir bandoleros estuviere encargado, debe estudiar prolijamente si desea, como es de suponer, hallar á la postre de sus trabajos un éxito lisonjero. Y no me cansaré de repetirte que de ese conocimiento perfecto brotan, cual de las tierras bien abonadas y cultivadas, todas las reglas que han de conducirte por camino llano al fin que apeteces.

Antes de estampar aquellas que, lo por tí, con galantería, llamado *mi esperiencia* me dicta, quiero contestar una objeción que un compañero, lector de nues-

4

tra correspondencia, me ha enviado á este objeto, haciéndome con ello honor muy estimado.

La contestación no ofrece dificultad; pero aún cuando así no fuera, yo tendré un placer grandísimo discutiendo, cortesmente, se entiende, con todo aquel que me dispense la honra de argumentarme.

Dicho esto, voy al grano.

Pregúntame el compañero "á qué hora, ó en qué oportunidad ha de *platicar* con sus soldados, siendo así que constantemente los tiene alejados de sí, ya recorriendo las vías férreas, bien en pequeños destacamentos, ó en comisiones que requieren el empleo de parejas aisladas"; de lo cual deduce que, merced á esa dispersión, los lazos de la disciplina, pese á la voluntan y esfuerzos del oficial, necesariamente han de relajarse un tanto."

No está mal argumentado; pero yo no puedo admitir con caractéres de absoluta certeza el adverbio "constantemente" usado por el compañero con evidente exageración. Convengo en lo de la dispersión y en su secuela referente á la disciplina, aunque á ese respeto habría no poco que discutir; pero á mi conocimiento no le es dado convenir en que el oficial no vea y hable á sus soldados una vez al día, cada dos, ó la mucho cada tres.

Pues bien; si eso es cierto, ahí tiene el compañero la oportunidad: tantas veces como se le presenten, ó vaya á revistarlos, ó vigilarlos, que todo es uno.

Y con eso basta; pués no es tan desmemoriada la tropa que olvide en tan cortos plazos las recomendaciones de su jefe y, á mayor abundamiento, si las

apoya, en su caso, con inflexibles correctivos y sin debilidades.

Sentiría que mi argumentante no quede satisfecho completamente de la réplica.

Y ahora, continuemos.

El principal elemento de persecución es tener tropa con qué hacerla; con lo cual quiero decir que sí, verbi gracia, dispones de veinticinco hombres, y de ellos tienes enfermos una tercera parte con fiebres palúdicas, úlceras, ó disentería, que són las enfermedades más frecuentes, el efecto eficáz, el resultado probable de tus operaciones se reducirá en la misma proporción.

Deber tuyo será, por tanto, y por humanidad también, precaver con ahinco esas y otras dolencias en tus soldados.

Para ello procura que duerman siempre á cubierto, aún cuando acampes al raso. ¿Y cómo—dirás—á cubierto al raso?

Tú aprendiste seguramente en la ciudad Imperial la manera de construir diferentes modelos de vivacs. Así podría contestarte; pero la verdad es que ninguno de aquellos modelos tiene en este país aplicación.

Aquí usábamos en la pasada guerra *bohios de vara en tierra* que construíamos en un santi amén y que satisfacian, en cuanto cabe, el objeto.

Verás como se construyen:

Corta dos troncos de unos tres centímetros de diámetro y de 1'50 metros largo, cuidando que uno de los extremos termine con una bifurcación (*orqueta* se dice aquí); aguza los otros y clávalos distanciados á dos metros, de manera que se correspondan las orquetas; únelas por medio de una vara de adecuadas longitud

y resistencia; apoya otras varas más delgadas desde aquella al suelo; cruza éstas con otras, afírmalas con lazadas de bejucos; cubre el plano inclinado resultante con ramas, *pencas* (hojas) de palma, ó haces de hierba guinea, y ahí tienes el palacio. En él se albergarán dos ó tres soldados, los cuales se darán el gusto de estrenar su *propia obra*.

Impide, hasta donde puedas, que coman frutas; pués, por lo común, hacen daño al que no tiene hábito de comerlas, y más si no están en sazón, y mucho más si se ingieren con exceso, é infinitamente más, al extremo de convertirse en *veneno*, si se acompañan con alcohol.

Exceptúa de esa prohibición la naranja por las mañanas, porque sabes que en todas partes á esa hora es "oro", la piña, porque las damas y, sobre damas, reinas, no pueden causar perjuicio y, finalmente, la guayaba, porque reune condiciones astringentes muy parecidas en sus efectos á las del riquísimo higo chumbo que íbamos á comer.... (no temas, seré discreto) á la Caleta, en la tierra de María Santísima.

Voy á contarte un sucedido para rematar esta epístola.

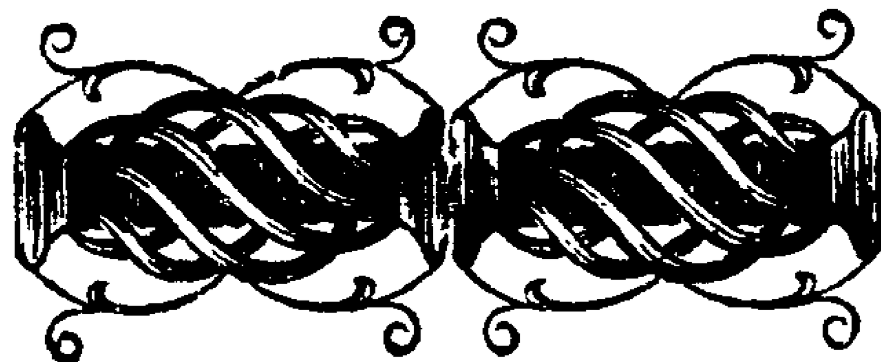
Una vez operaba un oficial en la zona de Jibacoa, jurisdicción de Manzanillo, de la que Dios te libre, amén, y se le ocurrió, no sé si por consejo facultatívo ó de propia inspiración, emplear como remedio preventivo, profiláctico creo que dicen los médicos, el sulfato de quinina. Constantemente, suministraba á su tropa, por tres ó cuatro días consecutivos, cada mañana, disuelta en café, unos 20 centígramos de la dicha

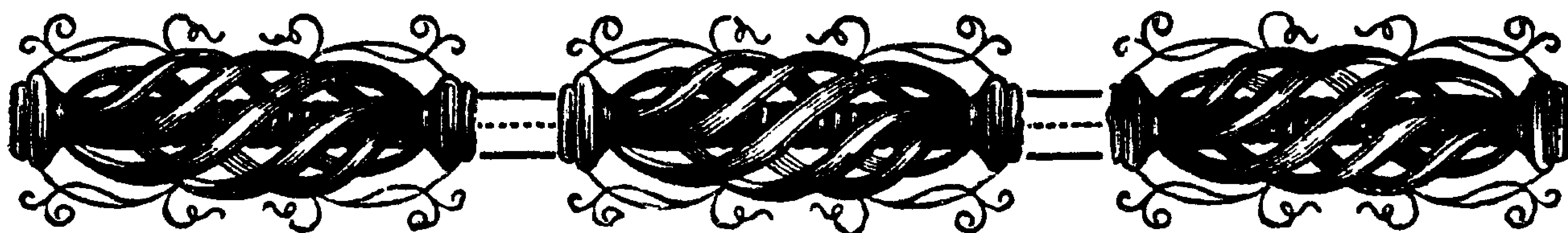
substancia; concedíales un *descanso* de otros tres ó cuatro días y volvía á la carga.

Los resultados fueron maravillosos: ningún individuo sufrió fiebres.

Es decir, la frase ninguno no es rigurosamente exacta, porque hubo *uno* que, por considerarse invulnerable, no la tomó y las pescó en firme.

Ese fué tu servidor.





VIII

Continuarémos hoy, si te parece, la hilación de los consejos higiénicos.

La emprederémos con las úlceras.

Estas las padecerán tus soldados casi empre en las piernas.

Yo no sé si las causas que se me figura las determinan són las ciertas; pero, á beneficio de inventario, allá vá mi teoría.

El cieno de los caminos se adhiere á la epidermis, la humedad reblandece los tegidos y las materias en fermentación que contiene la irrita: los humores se condensan en aquellos puntos laminados de barro, produciendo comezón, ráscase por impulso instintivo y surge la llaga.

La profilaxis salta de la misma teoría: limpieza después de las marchas. Las friegas de aguardiente de caña, además de desatrofiar los músculos rendidos por el cansancio, son un grandísimo preservativo contra las erosiones ulcerosas de la piel.

Cuando á pesar de la higiene se presentan, se emplea con éxito lo que los médicos, llaman, según me ha parecido oirles, la cura de Litz.

Verás como se procede: límpiese, con suavísimo rozamiento, la parte enferma con un algodón empapado en agua fenicada, al 4 por 1.000, ligeramente tíbia. Séquese y espolvoreese con yodoformo; cúbrase con seda protectora y un copo de algodón, y el todo sujétese con una venda.

La disentería se previene no haciendo uso de frutas, comiendo poca carne de cerdo y absteniéndose, hasta donde sea posible, de beber aguas estancadas.

Su curación requiere tratamiento facultativo.

La crema de bismuto, ó el simple subnitrato de bismuto són, no obstante, específicos que puedes usar á los comienzos de la enfermedad. Dósis: un gramo en tres veces cada día.

He dejado para ùltimo lugar la cuestión de la fiebre amarilla (vómito negro).

Es ese y con razón, el espantajo tétrico de los peninsulares.

Sin embargo, acudiendo á tiempo no resulta mortal la enfermedad, en la mayoría de los casos.

Sus síntomas generales són: fiebre altísima, rubicundez del rostro, ojos muy inyectados, lengua saburrosa y dolores fuertes en la cabeza, espalda y riñones.

Recuerdo que allá por los años 1879 y 80, vino á la Isla una comisión de médicos norte-americanos con el encargo de estudiar las causas y tratamientos adecuados, ó reconocidos como buenos, para la dolencia; la cuál comisión fué auxiliada poderosísimamente por

todo el personal médico civil y militar, y por todos los centros y dependencias del Gobierno.

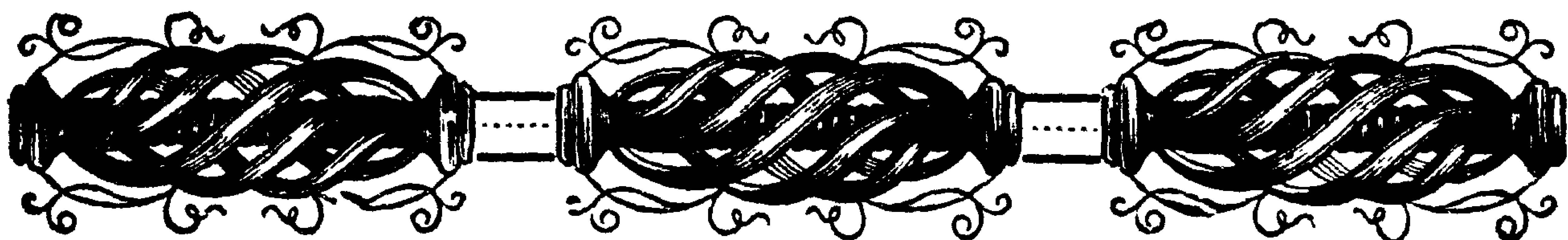
Pués bien: entre los diversos procedimientos de curación estudiados parece que resultaba ser el más eficáz, el empleo, en los primeros instantes de la invasión, de un laxante poderoso, el emético, ó el aceite de almendras dulces en dósis alta (un litro) y, después, administrar la quinina en gran cuantía.

Como comprenderás, no he de aconsejarte que te conviertas en médico y ménos en ocasiones de tanto peligro como esas; pero, como en ellas los instantes són preciosos y la menor dilación se paga con la vida del enfermo, si tienes la desgracia de ver á uno de tus subordinados atacado y en la localidad no hubiere médico que pueda acudir inmediatamente, no vaciles en suministrar al paciente el laxante indicado; prefiriendo, por ser el ménos expuesto, el aceite de almendras. Yo he visto darlo mezclado con el zumo de un limón.

Así, ya podrás con más desahogo esperar la venída del facultativo, ó providenciar el traslado del enfermo.

Para completar estos ligerísimos apuntes que expongo á tu consideración á fin de que los estudies con interés preferente por tratarse de asunto de tanta monta como es la salud de tu tropa, paréceme oportuno que hablemos un poco de los extremos alojamiento y alimentación.

Pero como el desarrollo de mis pobres ideas acerca de esos particulares, no me cabría en los límites de esta carta, déjolo para la próxima venidera, si tu pacíencia me acompaña.



IX

Mí caro amigo:

En todas partes es objeto de atención preferentísima el particular de alojar convenientemente á la tropa.

En nuestro país si bien no se olvida y se hacen algunos, aunque pocos, esfuerzos para proporcionar á los soldados cómodos é higiénicos acuartelamientos, no es ese, sin embargo, un asunto en que se trabaja con *amore*, cual diría mi compañero de Redacción el *Músico viejo*:

Acaso consiste esa diferencia, aparente al ménos, en las estrecheces cada dia en *crescendo*, (y está de Dios que yo hoy robe de contínuo su vocabulario al *Cronista*) según dicen de nuestro traído y llevado—no siempre á buena parte,—Tesoro nacional.

A decir verdad, si comparamos los cuarteles de esta Isla con los de la Península, resulta un saldo á favor de éstos.

Pero, si en la vida de guarnición el soldado no está

aquí absolutamente mal albergado, en la de campaña no es posible que lo estuviera peor. Y eso contribuye poderosamente á mermar por las enfermedades propias de la inclemencia de este clíma extraño y nocivo al europeo, los efectivos y, por ende, el resultado práctico de las operaciones.

Cuando las tropas salen de las poblaciones principales, ya se puede decir que no habitarán más, hasta volver, en ni siquiera medianas condiciones.

Grima me dió cuando, en una excursión que hube de hacer por esos campos, ví la manera como están en ellos alojadas.

Yo me hacía cruces pensando como así se podía vivir uno y otro més. ¿Te has fijado en los albergues que proporcionan las empresas ferro-viarias? Un wagón con techo de zinc y pare usted de contar; es decir, fuego por arriba, por debajo y por los costados. ¿Has visto, ¿como nó?, los chamizos que en la mayor parte de las localidades facilitan los Ayuntamientos?

Dime: ¿crees que en unos y otros pueden, ó mejor dicho, deben habitar soldados?

Cuando se vá de operaciones, bueno es cualquier abrigo, pués no es esa la ocasión de detenerse á escoger; pero para descansar de las fatigas, para reponerse de las pérdidas naturales y grandes que esas mismas operaciones producen al organísmo, preciso es que la tropa cuente con albergues cómodos, capaces, frescos y ventilados. De otra suerte, se llenan los hospitales, la persecución languidece por debilidad numérica y de los mismos individuos, y los sacrificios y los desvelos y las penalidades resultan infructuosos.

¿Y qué hacer? Los Ayuntamientos ni las empresas disponen de cosa mejor, ni los hacendados, en tésis general, y por causas y razones que solamente para poder revelarlas necesitaría emplear discusión prolija, se muestan tampoco muy propicios á ceder alojamientos regulares en sus fincas.

¿Qué hacer?—volverías á decir.

"Esa es la cuestión," que dijo el poeta inglés, á quien yo leí traducido, razón por la cual cítolo en castellano. Ahí del ingenio.

Yo tuve un jefe, brillantísimo por cierto, que cuando se le argüian razones en contra de un objetivo necesario á cualquier efecto, decía: *Ingeniarse,* sin perjuicio, naturalmente, de dar, después, órdenes precisas, terminantes y luminosas acerca del particular consultado.

Pués bien: dígote lo mismo, ingéniate; y luego, ahora mismo, añadiré, órdenes nó, indicaciones ni precisas, ni terminantes, ni, mucho ménos, luminosas.

Construye una casa *ad hoc* para tus soldados.

Se me figura verte soltar el trapo al leer lo que, á primera vista, consideras, sin duda, un disparate.

Pués lo repito, á trueque de provocar nuevamente tu hilaridad, ya vés si soy terco.

Nada, así como suena: una casa, ni más ni ménos.

Pero ¿los materiales y el solar y la dirección?—replicarás.

Pierde cuidado, no te faltarán.

Escoge el lugar que quieras, el mejor, el más conveniente á tú *situactón, caso y objeto,*". acércate á su dueño, pídeselo y si te lo niega, ríete, ríete cuanto te parezca de mí.

Para los materiales, que ya comprenderás que no habrán de ser cal, tejas ni ladrillos, sino horcones, varas, clavos, tablas de palma, yagüas y hojas de palmera, sigue el propio procedimiento: pídelos ¿á quienes? á los vecinos pudientes, valiéndote para ello de la natural influencia de las autoridads locales; pero todo sin usar, ni por asomo, imposiciones de mal gusto y, á la postre, de resultados negativos, que es lo peor, y ya verás, como por arte mágico, en ocho días te encuentras con un cuartelito, no muy bonito, ni de líneas arquitectónias de gran pureza, ni arregladas al gusto griego, bizantino, gótico, árabe ó mudéjar, pero sí higiénico.

¿Y quién lo ha de constrír? Tú y los soldados.

¿De qué manera? Aquí del estribillo: ingéniate.

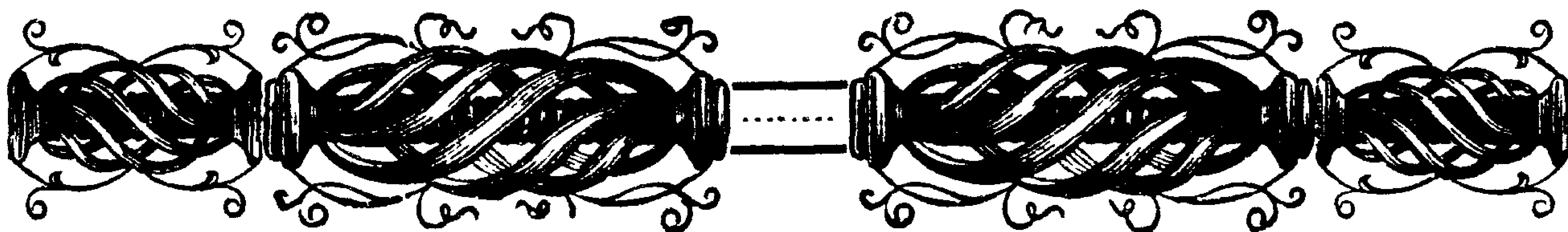
Por lo demás, puedes tener la seguridad de que no te faltarán vecinos complacientes que á pocos halagos, casi nada, una petición cortés y convidarles a comer en el tiempo de la obra, no en vía de indemnización sino para demostrarles agradecimiento, te prestarán cuántos auxilios de dirección y ejecución puedas necesitar.

Vuelvo á decirte que nada de lo apuntado en estas cartas pertenece al orden de lo ideal: són *experiencia* de la *práctica*.

Escaso trabajo te cuesta probar.

Hazlo con fé y constancia, porque con ellas todo se alcanza.





X.

Mi muy querido amigo:

Para hacer boca, voy á servirte en *encurtido* que he sacado del menguado archivo de mi memoria y que considero pertinente al objeto que me propongo en esta mi décima carta.

El circunloquio vá dirigido á recordarte una anécdota que refiere en *Mis memorias intimas* el ya fallecido general, Fernández de Córdova.

La cual anécdota es, con alguna inexactitud literal, pués no tengo á la vista el texto, como sigue:

Erase una vez en que el general don Luis de los mismos apellidos y hermano del autor, no recuerdo si en Arlaban ú otra acción de las reñidas en la primera guerra civil del presente siglo, necesitó un esfuerzo supremo del Regimiento de la Princesa, á la sazón mandado por el qué después fué renombradísimo general y en aquel entónces bravo y muy entendido coronel, D. Ramón María Narvaez. A ese fin, el general arengó

al Regimiento como él sabía hacerlo: con energía y elocuencia.

Narvaez que se amoscaba pronto y que, á la verdad, no necesitaba espuela para cargar, tomó, con torcido criterio, la arenga, por donde, se suele decir, quemaba y respondió: *Mi general, ni mi Regimiento ni yo necesitamos que se nos* JALEE.

Y como yo esta noche, al mojar la pluma, hícelo con la intención de *arengarte* un poquito, quise referirte el cuento, adelantándome á tu respuesta.

Harías mal, sin embargo, si me replicaras como el coronel Narvaez. No por que yo fuera superior tuyo, cual allí sucedía, caso diferente á éste, sino, en primer lugar, porque cuanto voy diciendo y lo que he de decir, es la expresión sincera del cariño que engendran el compañerísmo y la amistad; y siendo así, no merezco contestación tan brusca, aunque fuera atinada. Y, en segundo lugar, porque no hay hombre alguno, por grande que sea su entereza, la grandeza de su ánimo y la fortaleza de su espíritu, que no se sienta, en ocasiones, tan raras como quieras, invadido del cansancio y del desaliento, que no vea evaporarse, desvanecerse sus esperanzas como se desvanecen en las sombras de la noche los tonos rojos que el sol poniente imprime en el horizonte.

Por eso yo, que tengo un concepto altísimo de tus prendas morales, de tus virtudes en el órden militar, pero que en éstas cartas he de tener también en cuenta, si han de responder á mi propósito, las flaquezas del espíritu humano, creo de utilidad lo de la *arenguita......* para cuando fuere menester.

Si á pesar de este exordio te enfadas, te diré como el sabio griego (sin que esto quiera decir que yo sea sabio, ni *griego*): "Pega, pero escucha."

Comienzo.

Diciendote: Un ejército, amigo querido, sin entusiasmo, sin ese fuego interno, sin ese móvil irresistible que parte recto, como la trayectoría ideal, hacia la gloria; sin ese impulso, sin esa fuerza, semejante al polvo cósmico de las nebulosas que al condensarse dá lugar á los grandes hechos de la historia, así como aquél, condensándose también, produce en los cielos astros, gotas de luz en un occeano de destellos; un ejército, digo, sin el entusiasmo que no tiene en cuenta los beneficios á lograr, que vence los obstáculos deseándolos mayores para más acreditar su esfuerzo, que sufre las fatigas sin pena, y las privaciones y las adversidades con ánimo sereno y hasta ¿porqué no decirlo? las ingratitudes de la Pátria, devolviendole por cada ingratitud, una página gloriosa para su historia, será una *legión* con armas ¿entiendes?, pero un Ejército, *un símbolo de la Pátria*, no.

El día nefasto que el Ejército perdiera el entusiasmo, que sería como si el sol perdiera la luz y el calor; el dia que no combatiera á los enemigos de la integridad, del orden y de las instituciones con otra esperanza que la gloria, y que no ofrezca su sangre á cambio del honor de defender la Pátria, será llegado aquél en que se asimile á la aureola prestigiosa que circunda hoy al organísmo armado, el veneno que Dios diluye, según Donoso, en la atmósfera de los pueblos predestinados á la muerte.

No ignoro ¿y cómo ignorarlo si la ola de lodo llégamos al cuello? que aquellos contaminados, encegados en el positivismo, en el realismo, en el materialismo audaz y grosero de este fin de siglo apellidarán mis palabras de lirísmo gastado, de romanticismo averiado, de idealísmo trasnochado, en una palabra, de tontería pura, parto de un cerebro huero.

No me importa: Yo no escribo para esos.

Hágolo para tí, es decir, para el Ejército que informa su espíritu en Cortés que quema las naves, en el alférez del Garellano que cortados los brazos sujeta la bandera con los muñones, en Palafox que contesta á Lannes: *Guerra á cuchillo*, en Alvarez que mandará fusilar al que hable de rendición *para proceder después á lo procedente*, en Méndez Núñez que quiere, para España, *honra y no barcos*, en Topete que prefiere volar á mojar su pólvora, en Alcalá Galiano que clava el pabellón, en O'Donell que contesta las amenazas de Inglaterra ordenando el paso del Estrecho, en Prim que empuña la bandera y abandona las mochilas.

Escribo para los que del Ejército hacen una familia, del deber un ídolo y del honor un culto.

¿Y quiénes són los encargados de infundir, conservar, despertar, y reanimar el entusiasmo de los soldados?

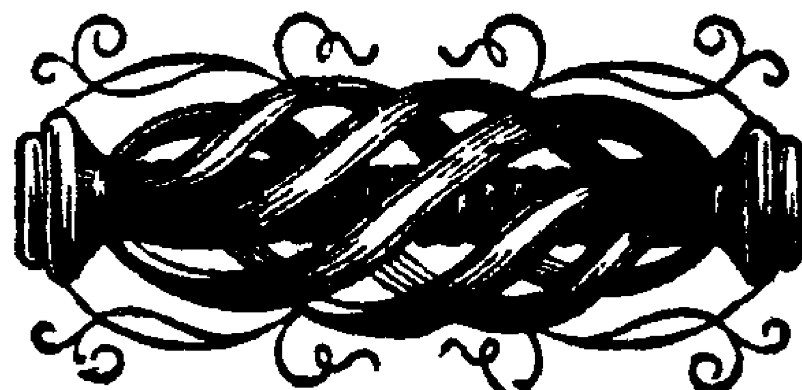
¿Quiénes? Los oficiales.

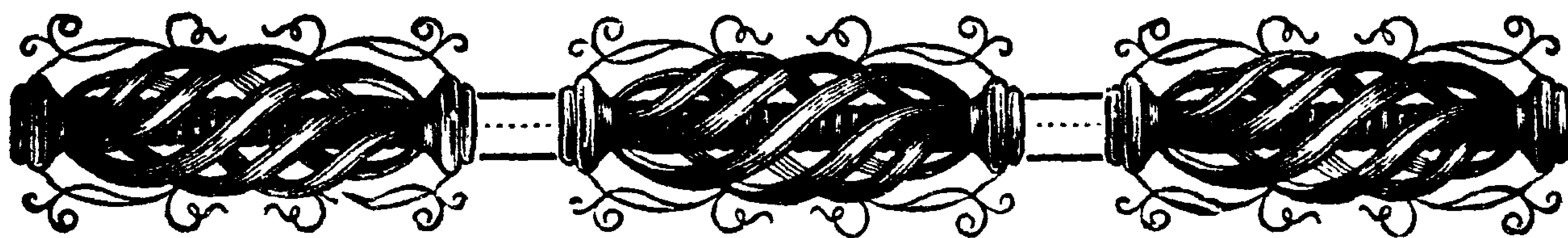
Y como tú lo eres, aplícate el cuento

Así, pués, y dado que te avienes á seguir mis consejos, nada de desfallecimientos, de imprecaciones á

la suerte, de cansancio moral ante unas operaciones ingratas, nada, repito, que no sea llevar al ánimo de tu tropa el sentimiento purísimo de que antes hablé: el entusiasmo.

Pero, oye, que no te suceda lo que al herrero del cuento.





XI

Mi querido amigo:

Sentado que tienes á tus órdenes una tropa disciplinada, dado que conoces le entidad bandolero, supuesto que tienes un cabal conocimiento del teatro de tus operaciones y, finalmente, que no ignoras la manera de adquirir notícias entre los habitantes de esos campos. entrémos en materia, que ya me parece era tiempo.

Perseguir á los bandoleros de una manera regular, es decir, sujetándonos á las reglas y principios preconizados por los autores que estudiaste, los cuales autores partían de la base operaciones á practicar contra enemigos organizados en determinadas condiciones, es cosa punto ménos, ó punto más que imposible.

Allí las emboscadas y las sorpresas són lo accidental, aquí lo fundamental. La guerra de encuentro, la batalla preparada es lo que allí se busca, aquí los encuentros pocas veces darán fruto. En cambio, puede esperarse mucho de la emboscada y de la sorpresa.

Fígúrate que vás por un camino ó vereda, y que, por casualidad, divisas un hombre ó un grupo sospepechoso. Desde luégo, que no dispondrás que se les haga fuego sin tener la certeza de que són criminales. Para adquirirla te acercarás, pero no podrás lograrlo nunca sin que ellos, á su vez, te vean.

Pués bien: si no les conviene, que no les convendrá, esperarte, huirán y...... las del humo, hasta otra. Les dispararás entónces algunos tiros, pero, por milagro, con resultado.

Por el contrario, si merced á una emboscada bien preparada, los dejas acercarse, si tienes serenidad, podrás cojer ó matar alguno, ó algunos.

Lo mismo digo de la sorpresa: si consigues llegar á su campamento, ó á la casa donde se guarezcan, sin denunciar tu proximidad, los cojerás, valiéndome de una frase del país, *asando maiz*.

Preciso es, por tanto, que estudiemos con detención estos dos puntos importantísimos de la emboscada y la sorpresa.

Y vamos por partes.

¿Cuando y donde se deben establecer las emboscadas?

El bandolero, por lo común, anda de noche, y se oculta, para descansar, de día; y esta regla se confirma tanto más cuanto mayor sea la persecución de que fuere objeto.

Así, tú, si quieres oirme, establécelas á esas horas, con preferencia á las del día.

¿Donde?

Ahora lo verás.

Hay quién las coloca en los cruceros de los cami-

nos porque asi se abarcan cuatro direcciones: pero, á mi juicio, es preferible escoger un sólo camino, aquel por donde se considere más probable su paso según las *noticias que nos hayamos procurado* y situar la emboscada lejos de los cruceros.

Abona mi procedimiento haber visto que los alzados no pasan por las encrucijadas sino muy rara vez, salvándolas por medio de arcos de círculo y abriendo portillos, á ese objeto, en las cercas.

Es inútil, pués, colocar soldados alli donde pasarían una mala noche, y nada más.

¿Y qué caminos deberán ser los preferidos?

Yo preferiría los de travesía, porque esos són los que ellos escojen como ménos transitados, y, á ser posible, podría mi fuerza en aquellos que costean los bosques. No debemos olvidar que quién anda á salto de mata, procura tener cerca la guarida, y ninguna mejor que el monte.

Pero hay otros puntos que, sin ser precisamente caminos, sino veredas para comunicación de unos á otros *sitios*, de unos á otros *bohios*, de unas á otras colonias, son escelentes para emboscarse, en razón á que el objeto de la caminata de los bandidos será dormir en ellos, ó, con preferencia, procurarse noticias y medios de subsistencia.

Sitúate en esas veredas, elijiendo un lugar que reuna las circunstancias de poder ver sin sin ser visto, cosa nada difícil dada la exuberante vejetación del país y tén paciencia, que un dia ú otro ese sistema dará su fruto.

¿Y cómo elegir en el dédalo inmenso de veredas

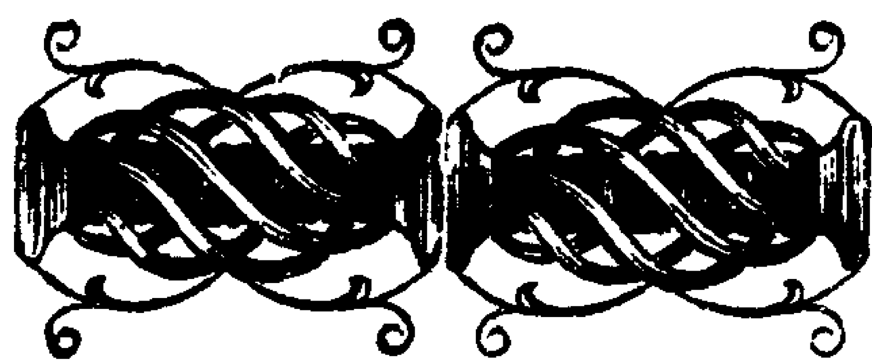
y caminos aquél, único, por donde ha de pasar el facineroso?

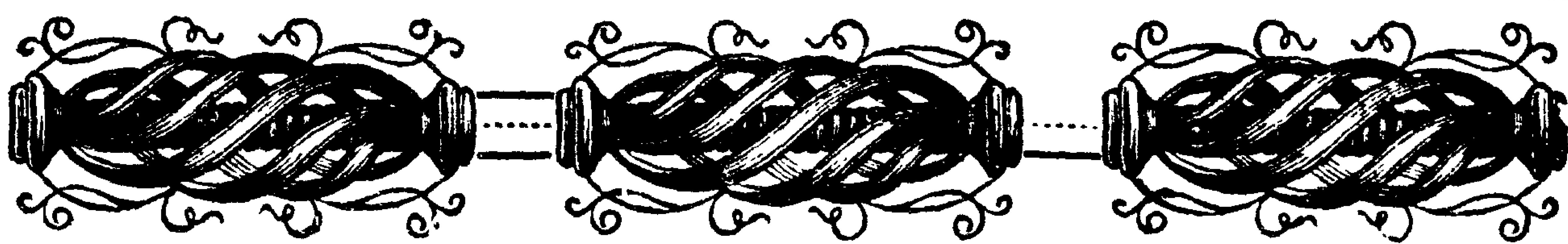
No te oculto que en esa elección hay que dejar mucho al azar, á tu buena estrella, de igual suerte que el cazador de reses mayores vá, fiando en ella, al monte y retorna sin disparar la escopeta, y vuelve al dia siguiente y otro y otro hasta dar con la pieza.

Ya te lo dije en una de mis anteriores: la persecución del bandolerismo es una *caza*. Al instinto, á la astucia y agilidad y resistencia de la *fiera*, debe oponérsele, inteligencia, energía y paciencia, mucha paciencia, y muchísima constancia por parte del *cazador*.

Sin embargo, si es cierto que la fortuna influye poderosamente en los resultados de la elección, también lo es que pueden prefijarse algunas reglas generales que guien, hasta donde cabe, en esa labor de elegir.

Exponerlas será la de mi próxima carta.





XII.

Quedé ayer, mi querido compañero, en iniciarte en algunas reglas encaminadas á elegir, con esperanza, nada más que esperanza, de éxito, los puntos convenientes para emboscarse, y voy á ello sin detenerme, porque sospecho y nó sin fundamento, que á estas horas reniegas de la desdichada idea que tuviste de acudir á mis consejos.

¿Sabes lo que es el amor?

¡Jesús, por donde se arranca este!—Habrás dicho al leer la pregunta.

Verdaderamente, tu extrañeza se justifica pensando que el amor, sentimiento siempre bello y siempre dulce, sea cualquiera la definición escogida, no puede tener relación alguna con el crímen, conjunto de pasiones bastardas, que se personifica, que se dá á luz sirviéndose del vehículo bandolero.

Pero, ¿las fieras no aman también?

En el bandolero encontrarémos el amor que surge del cieno, pestilente, repugnante, apetito de la

carne por la carne; pero, con todo, un lazo que lo ata á la sociedad y que le pone en relación, siquiera sutíl, contigo que lo buscas y que puedes y debes utilizar ese hilo conductor.

Pocos ó ningún bandido dejan de tener una mujer, ó varias mancebas, á quiénes visitan frecuentemente. Ahí tienes, pués, un sitio donde emboscarte: junto al cubil de la hembra; poniendo, para seguir en esto también la marcha fatal de la vida, al lado del placer el duelo, cerca del amor que es la vida, la emboscada que es la muerte.

Y dejándome de figuras, añado: Procura saber si en tu zona tiene el facineroso familia ó amores y coloca tus emboscadas sigílosamente, con grandísimo sigílo, en los caminos ó veredas que conduzcan á las chozas aísladas, que, por lo general, así sucederá, donde se alberguen.

Recuerdo que en una de tus cartas me decías: "Yo tengo la seguridad de que aqui, en mi zona, hay quiénes dán abrigo á los malhechores."

¿Sí? ¿Los conoces? ¿Sabes donde viven?

¿Pués qué mejores *cazaderos*?

¿No los conoces? Entónces, averígualo, valiéndote de las artes que te indiqué cuando te hablaba de los habitantes en general.

Al llegar á este punto, abro un calderón en la *música*, que otra cosa no són, de mis consejos, para responder á la pregunta que te sirves hacerme en la carta fechada, en B.., el día 7.

Deseas saber si es conveniente á fin de *pescar*—así te expresas—encubridores, disfrazar algunos de tus soldados, de manera que, fingiéndose malhecho-

res, averigüen quiénes de buena gana les favorecen.

¡Por Dios, amigo! ¡Que tal preguntas me hagas!

¿Será que el clíma tropical principia á ejercer en tu cerebro esa influencia perniciosa de qué resulta, á la postre, la *chifladura?*

Vamos, quee te desconozco.

¡Vestir á los soldados de mamarrachos!

Eso no se le ocurre sino á los inocentes.

¿Y para qué? Para que se rían de ellos

¿Créees, por ventura, que los campesInos, cuya principal cualidad es la suspicacia, nos los conocerán á la legua?

¿Te figuras que por el sólo hecho de vestirlos de andrajos, tus soldados hán de hablar como la gente del país, usar sus modísmos y modular los sonídos como ellos?

Aparte lo grotezco que hay en todo eso, resulta muy expuesto. No sería el primer caso en qué, por acudir á ese ridículo expediente, dos tropas se han hecho fuego y, mútuamente, bajas.

Habida cuenta esa experiencia, debe desecharse el recurso, aún cuando en alguna ocasión fuera eficiente·

Pero hay más: es que carece de moralidad.

Admite, y tienes que admitirlo, porque cabe muy bien en lo posible, que un habitante honrado á carta cabal, pero pusilánime, te toma por bandolero (¡que buen papel!) y por miedo, se muestra tu amigo, habla mal del Gobierno y de la tropa y de la Justicia. Tù lo *pescas* y se le castiga por un delito que...... tú y y nadie más há cometido.

¡Vaya una hazaña!

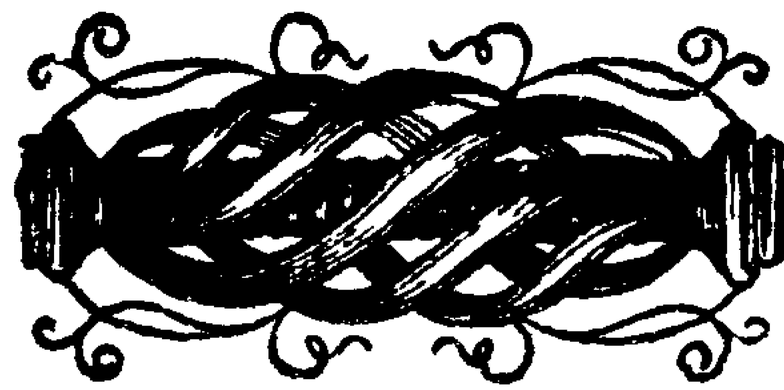
Ahora bien: ¿puede darse ese caso?

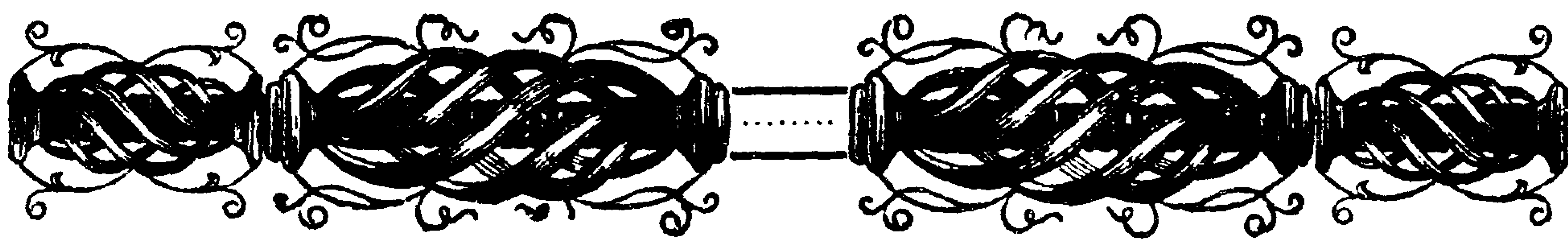
Indudablemente.

Pués, entónces, acuerdate de aquel aforísmo: *Vale más la impunidad de cien delincuentes que la condenación de un inocente.*"

Y hé ahí por qué decía y repito que el procedimiento es inmoral.

Si lo empleas, Dios te tenga de su mano.





XIII

Carísimo compañero:

Cierro el calderón abierto en mi carta de ayer, y continúo.

Lugares también muy apropósito para emboscarse, són las proximidades de los ingenios donde, en edificios aislados, vivan restos de las antiguas dotaciones; pero en este caso, colócate fuera del batey.

De igual suerte, cuando tengas noticia de que los bandoleros andan en una zona próxima, embóscate en aquél camino que consideres como probable para que se internen en la tuya.

Siento no poder hacerte más indicaciones en este particular.

Y vamos ahora á ocuparnos de la forma de establecerte en el punto elegido y de las precauciones que debes adoptar.

Por regla general no establezcas una emboscada con menor fuerza de diez hombres. No porque hagan falta para su seguridad, sino porque con ménos gente

no es posible seguir las indicaciones que voy á hacerte.

El sistema que te propongo, sancionado por el éxito, lo aprendí yo del hoy Comandante D. Francisco Villalón Fuentes, á quién suplico, si esto lée, disimule si me permito ofender su modestia sacando á relucir aquí su nombre; al cuál debo las primeras lecciones prácticas en el arte de la guerra. Sírvale cuanto voy diciendo de testimonio de agradecimiento.

En aquel entónces era el dicho señor, Capitán de mi compañía y establecía las emboscadas del modo siguiente:

Dividíase la fuerza en tres partes, una el doble de las otras dos; colocábanse las pequeñas á distancia de 200 metros una de otra y en el centro la principal. En esta se quedaba el jefe.

Consigna á las fracciones destacadas: dejar pasar, sin moverse, sin chistar, al que viniere de la parte de fuera y cerrar el paso á los que vinieren de la interior.

¿No te parece que una emboscada así dispuesta es una ratonera perfecta, de éxito seguro, á poca que sea la serenidad desplegada?

Pues bien: dispón así tus diez hombres. En el centro tú con cuatro; á los costados y á cien metros próximamente, fracciones de tres.

Encarga y recomienda y vuelve á encargar, que todo será poco, á esas fracciones que dejen pasar, guardando el más profundo silencio é inmovilidad, á cuantos vinieren del exterior, y se opongan con vigor, resueltamente á todo el que vaya de la interior; cui-

dándote de darles una señal para que te reconozcan cuando hagas tus rondas de vigilancia.

La fuerza á tus órdenes inmediatas será, pués, la encargada de dar el alto y reconocer á los que transitaren.

Si són pacíficos viadantes, la importancia del resultado que esperes, te aconsejará detenerlos ó nó momentáneamente; procurando conciliar el servicio con el respeto que debe merecerte el honrado viajero.

Si optas por lo primero, haz uso de esa amabilidad esquisita que es prenda envidiable de tu carácter y hazle comprender que sientes mucho detenerle, que tu deseo sería dejarle marchar y acompañarle &. &., pero que el deber, las exigencias ineludibles del servicio, el trabajo por el orden, otra sucesión de ecceteras, te obligan á sufrir la pena de rogarle te haga compañía por algunas horas, las cuales tú procuraras hacerle lo ménos desagradables posible.

Si fueren bandoleros, la cosa varía; échales el alto. Responderán ó nó. Huirán ó te harán fuego. En cualquier caso, apresúrate á echarte con todo tus soldados encima de ellos.

Lo probable es que corran en la dirección que traían; pero allí estará la fracción destacada para cerrarles el paso *con el arma blanca* en primer lugar, y sólo con el fuego en último extremo.

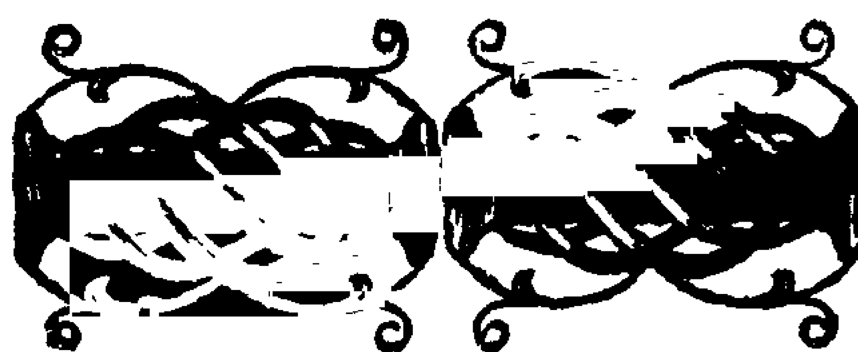
Fíjate bien en ésto: En esta guerra el fuego, que significa cierta inmovilidad (la que se necesita para cada disparo) no es de tanta utilidad como el arma blanca.

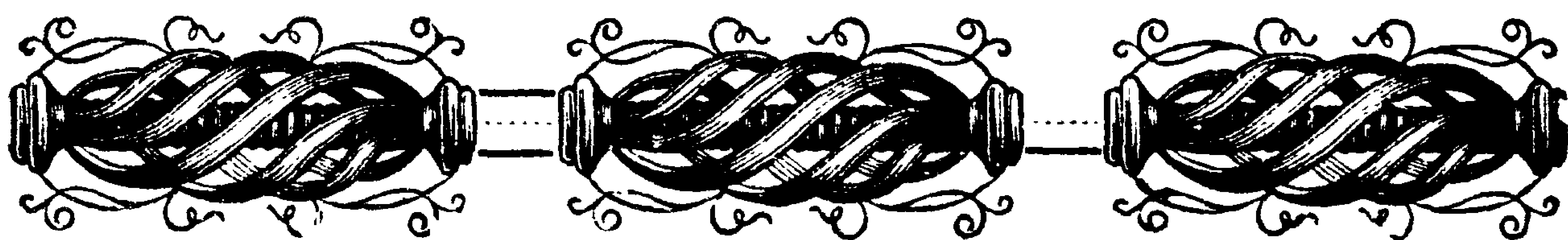
Por tanto, regla general: una descarga á lo sumo

y en seguida á la bayoneta, ó al machete, si lo tienen tus soldados.

Y ahora que hablo de esto, echo de ver que no te he hablado del machete, arma genuinamente americana y que solamente conoces por aquellos fantásticos *macheteos* que són la sabrosa *comidilla* de los cuartos de banderas, allende, cuando á los *indianos* les dá por contar luengas...... historias de éstas distanciadas tierras.

Hoy no tengo tiempo, porque no tienes una idea de lo ocupadísimo que estoy, pero te prometo hacerlo en la próxima.





XIV

Largo y estrecho, recto, lomo fuerte, formando la punta un corte oblícuo en el extremo de la hoja, filo finísimo, cabo de metal y cachas de hueso, ó pasta, desguarnecido, tal es el célebre machete que usan en este país la totalidad de sus habitantes rurales.

El machete para el campesino de Cuba es algo más que un arma, algo más que un apero de trabajo, viene á ser así como una parte integrante de su cuerpo, como un miembro tan necesario que sin él se considera inútil é inerme.

La primera operación que practíca el guajiro al levantarse, es ceñírselo á la cintura. Y al acostarse, lo pone en la cabecera.

Con él se fabríca la casa, *chapea* sus tierras, beneficia las reses que consume, se abre paso en el bosque y en sus manos se convierte en uno de esos útiles americanos que sirven para todo, lo mismo para descorchar una botella que para, si á mano viene, desplegándolo ó plegándolo, formar una cama ó un bote.

Y, aparte la hipérbole, es eso tan cierto, que aún reputándose el machete como un arma terrible bajo el aspecto de las heridas que produce, no sólo se tolera su uso, sino que existen prescripciones legales que lo autorizan; bién que ciñéndose á ciertas condiciones, y, entre éstas, la principal, que no tenga cruz ni guarnición ninguna.

Evidentemente, esta debe ser y es, el arma por excelencia del bandolero; la que maneja mejor y, por consecuencia, la más peligrosa en sus manos.

Ya hablaremos de eso enseguida; pero, para que no se me escape la idea, quiero decirte, á modo de acotación, que en la pasada guerra y en las actuales operaciones, á los jefes y oficiales nos dió por usarlo, acaso porque la espada entónces reglamentaria era del todo inútil en el ataque y en la defensa.

Actualmente, su adopción obedece á que los tirantes del sable són muy molestos en las operaciones á pié. Si así no fuera, el trueque resultaría perjudicial, porque como arma, es infinitamente superior al machete.

Yo que esgrimo muy mal, sin falsa modestia, rematadamente mal el sable, no fuí tocado *ni una vez* por un hábil esgrimidor de machete, en un asalto que, para probar su ineficacia, sostuve en ocasión de ocioso relato aquí. Todo mi arte se redujo á dejar correr rápidameute mi filo á lo largo de su hoja para tropezar con la mano descubierta.

Pero, á pesar de su probada y evidente ineficacia, fué por mucho tiempo tenido como instrumento capaz

de infundir pavor. Y, en efecto, acaso llegó á infundirlo.

Nada ménos justificado. Cierto que sus heridas són horrorosas; cercena una cabeza con facilidad, é igualmente los brazos, hiende un cuerpo como un melón y la mayor parte de las veces produce la muerte; pero hay que ver las condiciones en que eso se realiza.

Presta atención á lo que voy decirte:

Una tropa armada de fusíles, es *siempre* invulnerable al machete.

Todos aquellos *macheteos*, algunos á desdichas reales, muchos productos de *ardientes* narraciones, que oíste referir, ocurrieron por desmoralización de la tropa.

En tanto se dá frente, el machete es una caña. Si se vuelve la espalda, se convierte en el látigo de la muerte que no perdona.

Y he ahí el punto á que yo quería llegar hoy; á saber:

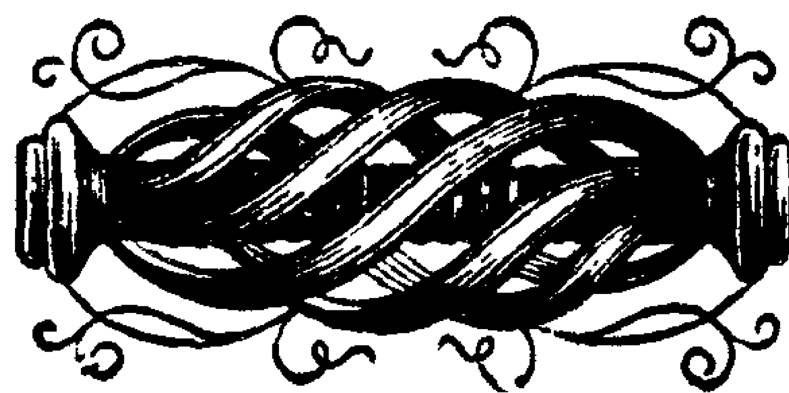
Que tu tropa se convenza, siendo tú quien se lo enseñe, de la verdad incontrastable que encierra lo que acabo de decir.

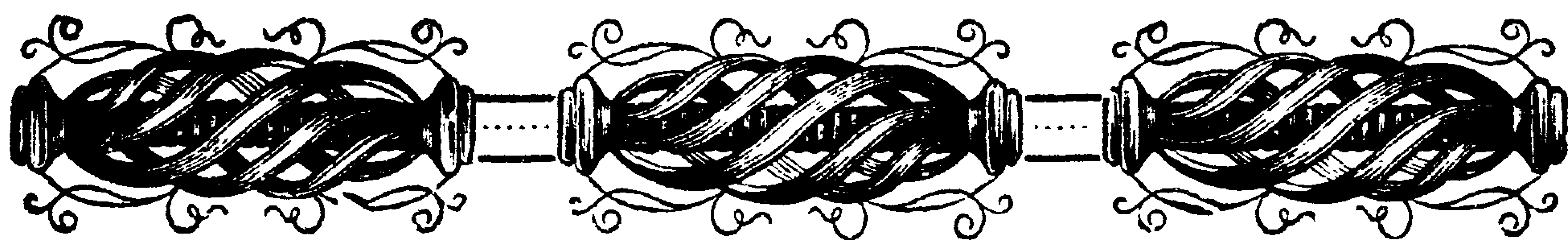
Y por tanto, que no tema, que no se detenga ni un instante ante la idea de que el bandido esgrime machete, y lo acometa con su fusil armado de bayoneta, seguro de no encontrar resistencir séria ni posible.

La bayoneta, pese á los que la consideran inútil, no tomando las cosas en otro sentido que en el mate·

rial, es y será, en Cuba y fuera de Cuba, un arma sin rival.

Además, los soldados españoles la esgrimen muy bien. Como que el secreto del *juego* reside en el corazón.





XV

No creía yo, mi buen amigo, que la *diversión* machete, la carta que dediqué á estudiar someramente esa arma, hubiera de ser tan comentada y discutida cuál lo ha sido.

Juzga:

Fresca aún la tinta de sus caractéres de imprenta, quién sabe si todavía no repartido el número, ya se me dijo—y por persona á que hago mucho caso por gran suma de razónes, la principal, su ilustración probadísima—que acaso había llegado en mis conclusiones á punto apartado de la realidad. Me dijo que si bién el machete no es, como arma, completo, en cambio, reune las ventajas de aquéllas y las de su grandísima utilidad en esos campos. Añadió que la experiencia y la razón aconsejan, de consuno, asimilarse, en cuanto quepa, á los usos de los países en que vivimos, y que siendo aquí general el del machete, se justificaba, por esa causa, su adopción en el Ejército.

Me citó el ejemplo de la Guardia civil, las gue-

rrllas, los voluntarios movilizados y de la caballería, y continuó preguntándome si yo creía tener en mí más experiencia que los mil y uno que se dedicaron á estudiar la cuestión y habían, después, propuesto armar con él á nuestros soldados.

Te confieso que ese aluvión de argumentos, cayó sobre mi cerebro como el repiqueteo de un martinete moldeando bloques, y, además, que al cabo logró hacerme, por lo poco, vacilar.

Sin embargo, movido por la honrilla negra y soberbia (procura amigo mio, para librarte de males, que la tuya sea blanca ó azul ó verde; todo ménos negra, y humilde), repliqué con mi famoso asalto, último argumento, que yo, con fatuidad, tenía por Aquiles.

También este vino al suelo, con vergüenza de mi dialéctica y del epíteto de hábil polemísta con que se complació en adornarme, merced á los vidrios de aumento de su buena amistad, mi querido compañero y no ménos amigo, el gacetilero—y licenciado, y no sé si Doctor, en derecho—de *El Espirituano*, periódico que se publica en una tierra hermosa y felíz porque allí todos son amigos y hermanos, y que amo tanto ó más que á la nativa tierruca, el ínclito y amable y bueno, Manuel de Castro y Marin.

Al suelo fué, vuelvo á decir, la última trinchera. El disparo demoledor consistió en decirme—Pero ¿quién quita que al machete se le guarnezca?—¡Ah! si se le guarnece, es es otra cosa—contesté, satisfecho de poder escaparme por esa callejuela—¿Se ha tratado de eso?—añadí.

—Tanto se ha tratado, como que el Cuerpo de

Artillería contruyó un modelo y lo elevó para su exámen á la superioridad.

—¿Y que pasó?

—Pués, nada: que se perdió.

—Bueno: pués, entónces, cuándo se encuentre volveremos á discutir.

Mi respetable amigo se sonrió, encogiendose de hombros, y hablamos de otra cosa.

Después, en un nido que yo conozco y tú no, y ciertamente que en esto soy de envidiar, *uno* á quién aprecio porque nos únen ciertos lazos de que te hago gracia, al echarme esta mañana mismo la vista encima, me decía:

"Cuando venía en el tren (te advierto que el *nido* se esconde, á orillas de unas aguas *de azules corrientes*, en un pueblecillo cercano) murmuraba *in pectore*: Podrá tener R. razón en lo del machete, pero no estoy conforme, no estoy conforme, vaya que no me conformo."

Volví á sacar á relucir lo del asalto y no me hicieron caso.

Todo esto me tiene apesadumbrado, porque ya empiezo á creer que debiera suplicarte tengas por no escrita mi carta anterior.

Empero, mi Padre me decía siendo, yo chico: "Antes mártir que confesor."

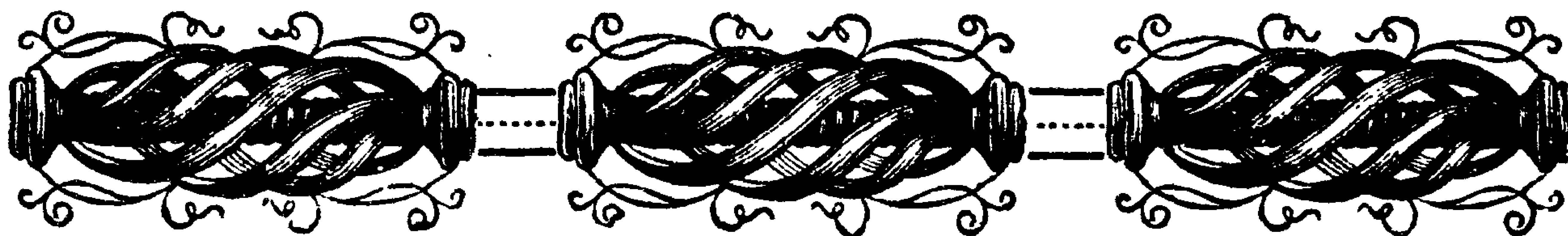
Así, seré mártir, pero confesor jamás, y salga el sol por Antequera.

¡Jesús me valga, y qué nombre se me ha escapado!

Ahora mismo acabo, porque, Antequera huele á *romero.*

Y esa planta es ahora, como él manzanillo aquél de la ópera *La Africana*: mata, con música alemana (la peor de las músicas, con perdón sea dicho de un capitancito que yo conozco), á quién lo huele.





XVI

Ya sabes mi opinión en cuanto á la manera de perseguir bandoleros. Echarte á correr por esos montes, potreros, caminos y veredas para encontrarlos, es como si en la inmensidad del mar se arrojara una piedra y te propusieras luego encontrarla. Fiando, únicamente, á la casualidad, puede abrigarse la esperanza remotísima de dar remate feliz á la empresa.

Un hombre se esconde en cualquier parte: una piedra, el tronco de un árbol, los cañaverales, una cerca, una cañada, el más pequeño pliegue del terreno, bríndanle seguro abrigo. Y se dará el caso de que pases casi rozandolo y no te apercibas de su proximidad.

No debes, por tanto, abrigar confianza algúna en ese sistema.

Pero, no quiere esto decir que lo deseches enteramente, no sólo para ver si tu suerte felíz te ayuda, sino porque recorriendo los campos puestos á tu cui-

dado, entrará cierta relativa tranquilidad en el ánimo de los vecinos honrados y algún temor en él de los bandidos, que serán parcos en fechorías y en exhibirse sabiendo que te mueves de un lado á otro y que corren riesgo de encontrarte.

Y, además, esas excursiones te servirán para alcanzar dos objetivos importantísimos.

Primero: conocer palmo á palmo, árbol por árbol, el rádio de tu acción.

Segundo: Entrar en relaciones de conocimiento con los habitantes.

Operar sin conocer perfectamente el terreno, es como navegar sin brújula con cielo encapotado.

Emprender la persecusión de malhechores sin noticias, es como instruir un procedimiento criminal en un desierto.

Así pués, lo que yo quería indicarte al principio, era que esas correrías la dedicáras más especialmente á los objetivos apuntados que á la materialidad de perseguir.

No he de volver á decirte cuál ha de ser la norma de tu conducta para congraciarte con el vecindario; pero como considero que esa es la parte principal de tu labor, me permito insistir sobre aquéllos consejos; los que sintentizo, diciendo: buen trato, ojo avisor y diplomacia.

La palabra, expresión del pensamiento que se materializa, si puede decirse así, ó cuando no, esteorización de ese pensamiento, es para el hombre gran palanca y también gran peligro. Sea para tí palanca.

Nosotros los periodistas cuando queremos hacer un buen *reportage*, nos damos arte para *dar cuerda*

al que no nos atrevemos á pedir la noticia, francamente.

Principiamos por no decirles lo que pretendemos. Iniciamos una conversación cualquiera, totalmente indiferente y después, por gradaciones sucesivas, con maña, poco á poco, la conducimos al terreno propicio y le vamos sacando del cuerpo las noticias sin que él se aperciba. Apuntamos en la memoria una idea que ahora se le escapa, una esclamación que no pudo reprimir, un fruncimiento involuntario de cejas, mil detalles que un buen observador no pierde y clasifica, y de todo eso formamos una composición de lugar á veces muy cercana á la verdad.

¿Porqué no ensayas el método cuando te falten confidentes?

Bien merece la pena intentarlo; porque si consigues de un modo ú otro, que los vecinos se franqueen contigo y te digan hácia dónde siquiera se encaminan los bandidos, no será difícil ir á sorprenderlos en su cama.

Ya hablaremos, si Dios nos ayuda, del modo más conveniente, á mi ver, de llevar á cabo las sorpresas.

Ahora quiero tratar, cual entre paréntesis, un punto que no he olvidado, sino que me conviene desarrollar muy á la ligera, por razones que yo me sé.

Perdóname la digresión, que no por ser arbitraria carece de importancia.

A mi juicio, siempre desautorizado y discutiendo materia de administración mucho más, convendría emplear otro sistema de alimentar la tropa que el actualmente al uso.

Las contratas por unidades, cuando éstas están

agrupadas en una localidad, dán resultados sorprendentes. No así cuando se subdividen en pequeñas fracciones que pueden verse obligadas á subordinar las operaciones á la llegada, más ó ménos exacta, de provisiones desde la capital; las cuales vituallas no siempre, por otro lado, llegan al punto de su destino en condiciones de exactitud en el peso, de bondad en la clase y estado perfecto de conservación; redundando todo en perjuicio del servicio y de los individuos.

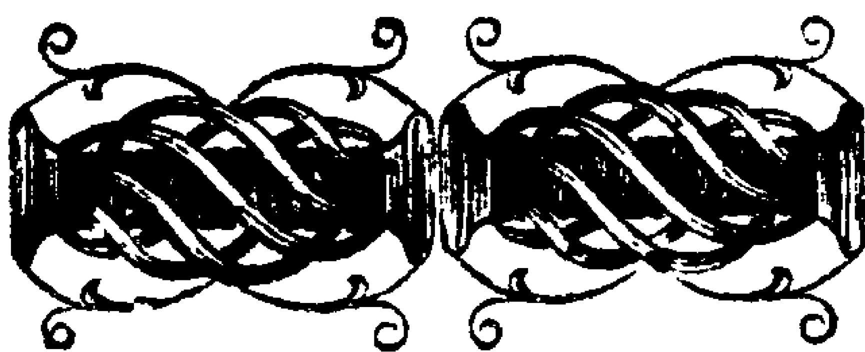
Tal vez, pués, sería conveniente ensayar el sistema de administración directa que usa la Guardia civil.

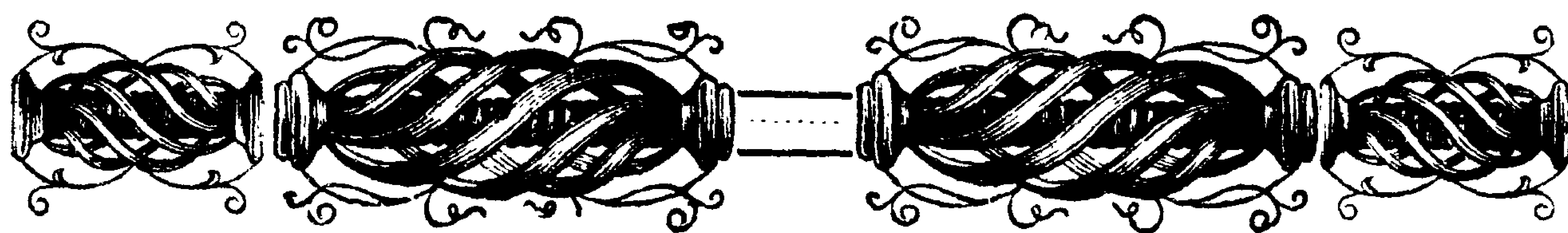
No estoy muy seguro, pero tengo entendido que en ese Instituto los comandantes de puestos administran directamente su tropa y ésta compra en cada localidad lo que necesita para sus ranchos, que són variadísimos y abundantes y á *gusto de los consumidores.*

Tuve la satisfacción no ha mucho de presenciar la comida en uno de esos puestos, el de Bolondrón, para que se sepa, y quedé maravillado viendo el apetitoso rancho que allí se administraba á los guardias.

¿Porqué razón no han de lograr igual beneficio las demás armas?

La cuestión me parece muy digna de estudio.





XVII.

Habida cuenta que las cualidades esenciales del bandido són la astucia y la ligereza y la resistencia, unidas á un profundo conocimiento del terreno, y por remate, que—según dices y cuando lo aseguras verdad es—encuentran abrigo y protección en cierta clase de habitantes, se comprenderá sin esfuerzo cuan difícil será sorprenderlos.

Como no fuera debido al empleo de algún recurso extraordinario, como la compra por dinero del secreto de su albergue en punto, día y hora determinados, es aquélla una empresa que toca en los límites de lo imposible.

Hallarlo no lo es tanto.

Partiendo del supuesto de que posees algún dato indicador, una noticia de que partir, ya sea el parte de una fechoría, bién la confidencia de un *catequizado*, veámos como te has de conducir.

Principia por formar tu gente. Revísta minuciosamente el calzado, para no correr riesgo de que alguno se te quede rezagado por su falta. Separa los convalecientes y los débiles, para que se queden cuidando el cuartel; teniendo presente que es mejor llevar un hombre ménos, que luego demorar la marcha ó distraer á otro ú otros, á fin de acompañarlo en el lugar en que, por cansancio, hayas de dejarlo.

Te harás la cuenta de que las marchas serán largas y fatigosísimas y que los débiles són en ellas un gran estorbo, si no un elemento de ineficacia.

Trasládate enseguida, forzando marcha, al punto de la ocurrencia ó al que designen las noticias.

Allí procede despacio, al objeto de no tomar una pista falsa, perdiendo, entónces, en proporción constante con la ligereza y la impremeditación, lo que acaso ganarás obrando con calma y método.

Entérate bién del lance, número de los bandidos, señas, trages, color de las cabalgaduras y guarda en tu memoria, si es posible, las dimensiones del casco de alguna que haya pisado lugar húmedo; inquiere que dirección tomaron y si lo dijeron, pero en este caso, procura cerciorarte bién, porque será casi seguro que emprenderán una distinta. Recoge y clasifica en tu ánimo cuántas indicaciones puedan contribuir á formar una composición de lugar referente al camino que debes seguir y lánzate en él, ahora con ardor; más compulsando la dirección, por medio de preguntas, en la forma dicha, á los vecinos. A poco arte, comprenderás si vás ó nó en la buena.

De aquí á unos días principiará la época de las aguas.

Seguramente es esta la peor para operar, porque las fatigas se multiplican prodigiosamente; pero como no hay cosa que no esté sujeta á la ley del equilibrio, como no hay mal sin una compensación, hállase la de ese en el *rastro* que van dejando, como estela de perdición, los bandoleros en su fuga.

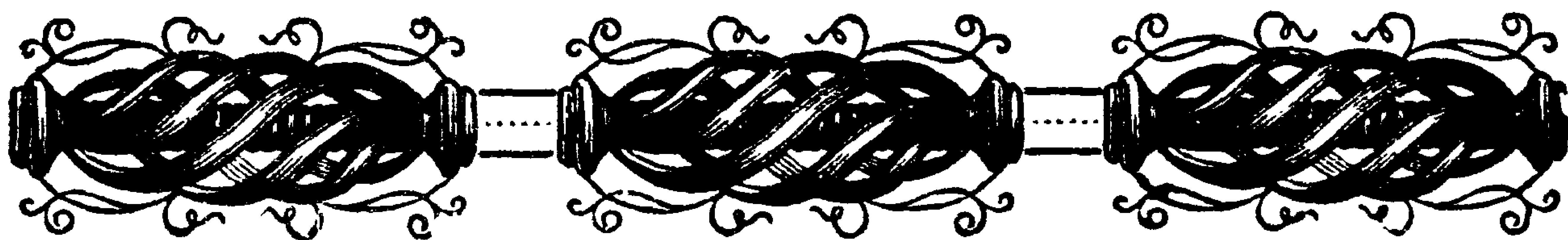
Seguir un rastro requiere alguna práctica y mucho cuidado y atención. Si el suelo fuera húmedo por igual, nada más sencillo: bastaría tener ojos; pero como no sucede así, sino que conserva la humedad más ó ménos, y por lo tanto la maleabilidad, (y aquí no sé si el vocable expresa exactamente la idea), según su naturaleza, de aquí que cuando se encuentra un terreno calizo ó rocoso, ó siquiera gredoso, se dificulte en extremo no separarse, por error, de la pista.

No obstante, no se debe desesperar, porque si se tiene cuidado en ir examinando los bordes de la vereda (en los caminos reales no hay que pensar en seguir rastros) por donde caminas y la inclinación de las hierbas ó el sello que en ellas imprimen las pisadas, del caballo particularmente, no te indican la separación á uno ú otro lado de los que van delante, podrás tener la esperanza de que les sigues la huella.

En los montes esa labor es ménos dada á error, porque la capa vegetal es allí muy espesa y los rastros se conservan límpios, es decir, perfectamente visibles por largo tiempo.

No será perdido el que dediques á darte cuenta práctimente de esto que tan confusamente voy diciendo.

Si lo consigues, verás como alguna vez encuentras á la *res* en la cama.



XVIII

Mi muy querido amigo:

Cuando se vá de reconocimiento no hay para qué fatigar las tropas con marchas largas, ni apresuradas. Romperla al amanecer; disponer un alto de media hora á las 8 junto á una corriente, ó en una de esas tiendas que se encuentran en los caminos, para tomar lo que llamamos el *bocadillo:* un pedazo de pan con carne fiambre; un descanso prolongado desde las diez hasta las dos y media de la tarde, en cuyo intermedio se confecciona el primer rancho, y una marcha vespertina hasta las seis, es suficiente al objetivo de reconocer y hacerse visible.

Pero si marchas sobre una pista no debes perder ni un instante, pués que toda la celeridad será poca, si has de conseguir algo.

En este caso, concede solamente pequeños descansos para tomar aliento, no hagas rancho de la mañana, arréglate con fiambres y no te entretengas en

punto alguno más tiempo que el indispensable para adquirir referencias.

Los bandoleros, como saben que ván dejando rastro, tanto en el órden moral, cuanto en el sentido material, harán lo imposible por desorientarte si suponen que los persigues, marcharán y contramarcharán, se dispersarán para luego reunirse más adelante, dirán á los vecinos que se encaminan en cierta dirección y tomarán otra, entrarán en un camino real, lo seguirán por breve espacio y luego lo abandonarán bruscamente, ó uno á uno.

Esas artes són otras tantas dificultades para tí, y de tal suerte pueden llegar á ser insuperables, que en muchas ocasiones aburrido y fatigado, te volverás á tu puesto sin lograr darles alcance.

No me es posible hacerte indicaciones precisas que te alivien de fatigas y pongan á tu alcance al bandolero y, verdaderamente, lo lamento; pero comprenderás que, siendo complejas y variadísimas las argucias que se pondrán en juego para burlarte, no es cosa sencilla y, añadiré, posible, al ménos á mí, condensar en reglas concretas las *contra-argucias* que has de oponerles.

Veré, sin embargo, si puedo expresar aquí algunos principios generales.

Vuelvo al *ritornelo* de siempre: pregunta, pregunta y pregunta.

Muchos por temor, por ignorancia, ó por confraternidad, negarán su conocimiento, aunque pocas veces, se atreverán á darte, á sabiendas, una dirección falsa.

En tu país se dice: "El miedo guarda la viña."

Aquí no las hay, pero el juego de engañar resulta peligroso y la idea de ese peligro, imaginario ó real, no entro á discutirlo, es suficiente para ponerte á cubierto de las falsas é intencionadas referencias.

Muchos, repito, se callarán, pero algunos habrá, te lo aseguro por experiencia, que te dirán, vervigracia: "Por aquí han pasado unos hombres, ó guerrilleros (generalmente se valen de esta última frase). Yo no los conozco. Por ahí se fueron." Busca en ese "por ahí" un rastro y las más veces lo hallarás.

Cuando, siguiendo un rastro, veas que el de uno ó dos se separa, abandona el principal, si no tienes fuerza para subdivir la persecución, y en casi todas las ocasiones verás como el rastro desprendido del principal, cual del tronco la rama, te lleva rectamente al lugar de reunión.

En la pasada guerra era ese el procedimiento de los veteranos y en la mayor parte de las operaciones se burlaba al enemigo que creía á su vez, burlarnos.

Si un rastro desemboca en un camino real, detente y reconoce minuciosamente uno y otro lado. Ese reconocimiento te indicará si debes tomar á derecha ó izquierda. Resuelta esa premisa, no mires ya al camino: dedica toda tu atención á los lados. Examina las cercas: si són de piedras, algunas de éstas caídas acaso indiquen por donde saltaron; si de mallas, *ó de piña*, que es como vulgarmente se les nombra, las matas arrancadas y vueltas á colocar, ó los *desmoches*, te servirán de norte; si de alambres, pequeñas partículas de ropas que suelen quedar en las puntas de que aquéllos están armados, ó la huella de haber

pasado por debajo arrastrándose, sirven de indicación.

No se me oculta y lo confieso de antemano, que todo esto es muy empírico y de resultados poco probables, pero ¿qué quiéres? no sé más.

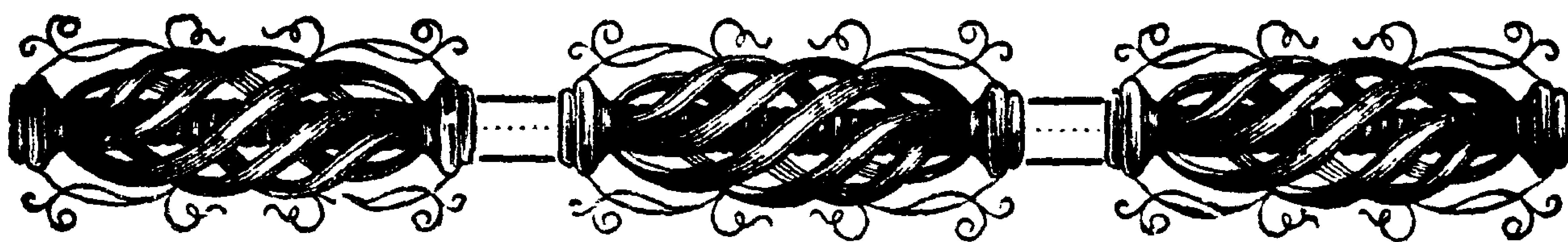
--¿Y cómo no sabiendo te atreves á alardear de conocimiento?

—Quien sabe si esa pregunta te fué á mientes al leer el último párrafo.

En primer lugar, no alardeo de tal.

Y, después, ¿cómo lo diré sin pasar plaza de presuntuoso? Es que tengo por seguro que... nadie sabe más tampoco.





XIX

Te dejé, mi caro amigo, sobre un rastro que yo deseaba no perdieras, aunque con pocas esperanzas de fortuna, si te atuvieras solamente á mis pobres enseñanzas.

Supongamos, no obstante, que tu buen golpe de vista y tu suerte felíz te mantienen sobre la pista, y veamos como te has conducir.

La proximidad de un campamento en el monte se manifiesta por medio de pequeños datos indicadores.

Tales són: *el olor de humo* que se desprende de la leña verde quemada para asar carnes en *barbacoa*, ó para ahuyentar mosquitos. Y este olor es tan claro, distinto y penetrante que á más de un cuarto de legua se percibe.

Esas aves negras que á millares pueblan los aires, servídoras casi únicas de la higiene de este país, y llamadas *auras* sin duda por ironía, indican también la cercanía de un campamento; si bien cabe en esto error, porque se agrupan de igual suerte sobre los

animales muertos. De cualquier modo, se pierde poco reconociendo aquellos lugares en que se vean pulular por los aires los tales animalejos.

Las huellas se hacen más visibles y la vereda más limpia, en razón al frecuente tránsito.

Los árboles presentan más ramas cortadas, y hasta la umbría del bosque parece avisar.

Pués bien; cuando á virtud de cualquiera de estos datos, ó de otros, te persuadas de que estás cerca de la guarida de los bandoleros, redobla las precauciones.

Es condición indispensable guardar el más profundo silencio, porque no tienes una idea cómo corre y se propaga la onda sonora en la soledad de esos montes. Así, ordena que nadie hable, que se repriman las toses, que se camine con cuidado para no pisar ramas secas cuyo crujido se oye á larguísima distancia; que los valdes de confeccionar los ranchos y las marmitas y los jarros de hoja de lata, se sujeten bien, llenándolos además de hierba, á fin de que si caen ó chocan, el ruido sea opaco.

En una palabra, ¿has visto cómo vá el pachón cuando le dá el viento de la codorníz? Pués así, poco más ó ménos, debes ir tú. Y perdona, en gracia á la claridad, lo que de *mortificante* puede haber en la figura.

No creas que aún usando esas y otras muchas precauciones lograrás sorprender completamente á los bandoleros; porque no se entregarán al descanso sin adoptar medidas de seguridad y vigilancia. Tendrán su vigía, el cual te aseguro no se dormirá.

Con éste tendrás que habértelas en primer término. Si pudieras sorprenderlo, reducirlo al silencio de cualquier modo, ántes que diera la señal de alarma, entónces sí que conseguirías un fruto ópimo.

Pero, no hay que pensar en eso; aunque si en llegar al campamente tal vez á tiempo de alcanzar á alguno que, ménos ágil ó más dormido, no encuentre, en su aturdimiento, el camino de la huída.

Para lograrlo, prevén á tus soldados que tan luego como suene el primer tiro ó grito, se arrojen sin vacilar, sín órden prévia, á la desbandada y á la carrera, hácia donde hayan aquéllos sonado, y que no se entretengan en disparar como no sea á boca de jarro, porque todo tiro disparado fuera de ese caso será perdido.

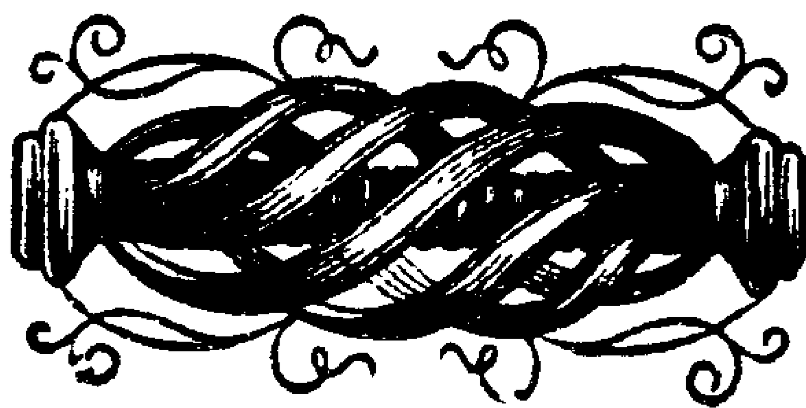
En en esos lances el arma de fuego no diré que es inútil, pero sí de efecto secundario. Lo esencial, lo práctico es correr, llegar pronto al campamento.

Si logras cojer alguno, bien; más, si escapan, ten ordenado á los soldados que, individualmente, se lancen en persecución del que hayan visto. Unicamente siguiendo ese método, no es difícil á la larga prender ó matar alguno.

Y *para finalizar* la carta de hoy—te advierto que *ya me* quedan muy pocas, apenas dos, en el *caletre*—allá vá un consejo.

Cuando sorprendas un campamento, no te vuelvas á cantar la victoria al poblado, pués eso maldita la prisa que corre. Acampa allí cerca, y embóscate en el mismo campamento. Los bandidos en la huida, se habrán dejado una porción de efectos de aquéllos

que les són indispensables para su género de vida, y de cien casos en ochenta volverán á buscarlos, suponiendo y no sin fundamento, porque esa es la práctica constante, que la tropa se ha ido al centro de operaciones á producir el parte y engalanarse con los laureles.





XX

Con las especies contenidas en la carta anterior pude, caro amigo, dar por terminada la tarea que con tan buena voluntad, como escasa suficiencia, emprendí de darte consejos, hijos de la práctica é informados en el deseo de serte útil, sobre la forma, á mi ver, la mejor de perseguir y estirpar el bandolerismo que corroe y amengua las fuerzas que necesita este país para desenvolver su riqueza y marchar de un modo recto—tal como debiera dirijirse si causas, para no dichas, no opusieran á cada paso valladares altos y espesos,—hácia la meta feliz del Progreso.

Lástima grande, desdicha que lleva el dolor al espíritu, que anega en desconsuelos el alma, ver á Cuba, tierra paradisiáca, pródiga de riquezas, que acaricia con la brisa perfumada y constante de sus mares á los que con el trabajo le piden sus favores, favores que ella concede con longanimidad infinita, ser presa de aquel génio maléfico que diz Ariosto se introdujo, por permisión de Dios, en el campo de

Agramante, para salvar á la cristiandad de las iras islamítas.

¡Oh!, sí, razón tenía y yo lo aplaudí hasta destrozarme las manos, desde la penumbra de un palco, fuése cualquiera su intención, aquél que dijo, no ha mucho, entre gritos frenéticos de su electrizado auditorio, que Cuba no sería salva, esto es, que no habría dicha ni paz, paz moral, hasta que se confundieran en un abrazo, en un sólo pensamiento, los españoles de uno y otro hemisferio.

Si tal se lográra y yo me atrevo á creer que se logrará; si tal dicha nos cupiera á la generación presente, sí todos olvidáramos por amor á Cuba, por amor á España, por amor á la humanidad misma, de aquéllas pasadas discordias; si ahogáramos el recuerdo doloroso de aquéllas luchas fraticidas, como se ahoga en la conciencia el impulso de las malas pasiones; sí el arranque rencoroso que produce la memoria de las heridas de la guerra lo sustituyéramos, á esfuerzo de la voluntad, por los tonos blandos, por las manifestaciones plácidas de la esperanza, puesta en la paz material y en la paz de los espíritus, Cuba—esmeralda prendida en manto azul, recamado de encajes—cuyas riquezas, la una endulzába la copa de los dioses y la otra brotó del suelo, según tradición árabe, al contacto de la secreción bucal del Profeta, sería tan feliz y hermosa como el paraiso en que los mismos árabes colocan la mansión de delicias prometida á su fantasía soñadora.

Y no es poesía averiada lo que voy diciendo; porque si tales bienandanzas lográramos, si todos nos

uniéramos en abrazo apretado, fraternal, veríase cuán pronto y espeditamente, concluíamos con el bandolerismo ese que, hubo un día, se creyó fuerte para alardear de sus crímenes ante la sociedad asombrada y atemorizada.

No són el Ejército y la Guardia civil impotentes para concluir con él; no lo són, porque ya se vé á qué proporciones, casi insignificantes, está hoy reducido; pero ¡cuántos sacrificios de todo género representa ese resultado!

¿Y porqué? Ya lo díjistes tu mismo á poco de palpar, estupefacto, la realidad; porque hay á su alrrededor conciencias obscura, negadas de razón y de sentido moral que le prestan calor, protección y vida.

Y al persuadirnos de tamaña monstruosidad, de tan gran perversion de todo principio del bién, sale á los lábios, con la espuma del furor, increparles:—¡Pardiez, señores, ¿queréis por ventura, que sea el Guillermo Tell de estas fértiles tierras, el ladrón, el incendiario, el vil asesino, el secuestrador contumaz?

La fuerza pública abandonada por la sociedad á su propio esfuerzo, llega, puede llegar, á la meta de su objetivo, como vemos vá llegando á la extinción del bandolerismo; pero tarda, con perjuicio suyo y de la misma sociedad, infinitamente más que si ésta le auxiliara, siquier fuera abandonado al bandido á su personal y mezquina potencia.

Recuerdo que en Sanctí-Spíritus, no ha mucho tiempo, la violación infame de dos niñas puras, víctimas de la ferocidad sensual de un bandido, Matías

Rodríguez, motivó una explosión de ira en aquél pueblo, digno por muchos conceptos de galardón, y al Conde de Lersundi, se unieron los Márcos García, los Cuervo, Pina (queridísimo amigo mío) y otros muchos, nacidos en todas partes, algunos en la Unión americana, y concluyeron con el bandidaje en cuestión de horas.

¿Porqué?

Porque el espíritu del pueblo indignado iba con ellos, y no oían otra voz que:—¡Por ahí ván!—¡Por ahí ván!

....

....

¿Será necesario para dar el último golpe á los restos que se esconden en las otras provincias, presenciar el espectáculo de otros sátiros violando la inocencia?

Si así fuera, Cuba merecería sus desdichas.

¡Qué lástima!

